

BOLETIN DE LA BIBLIOTECA NACIONAL DE QUITO

DIRECTOR: C. de Gangotena y Jijón

Nueva Serie

Número 4

Mayo y Junio de 1926

LA ZONA DEL GUAYAS

Por Oto von Buchwald

Desde tiempos remotos y con diversos grados de cultura han pasado muchos pueblos por la costa del Ecuador sin dejar rastros notables en esta tierra. Hay que pasar al sur para volverlos a encontrar.

La descripción de los más primitivos ha dado el Doctor Max Uhle en su trabajo sobre las costas de Arica y Tacna.

El mismo autor ha estudiado las culturas de Trujillo, Nazca e Ica, que pueden considerarse como fundamento de las grandes culturas de Tiahuanaco y Cuzco. Pero sabemos, por los modernos estudios, que los adelantos que vemos en el Sur no son originarios de aquella tierra sino traídos de Centro-América y llevan caracteres de los pueblos Maya y Nahua. De esta observación se deduce que todas estas naciones o fracciones, en su marcha de Norte a Sur, tenían que pasar por tierras ecuatorianas; y efectivamente se en-

encuentran restos arqueológicos en la provincia de Manabí y el Cantón de Santa Elena que han llamado la atención del mundo científico, porque tienen que ser más antiguos que los correspondientes del Perú, a donde tenían que llegar más tarde, terminando su itinerario.

Varios arqueólogos han visitado la costa, llevando para sus museos importantes colecciones, pero hasta ahora no he visto explicaciones satisfactorias.

Pero la costa del Ecuador debe haber tenido un especial interés para los pueblos cultos del sur que, en sus más antiguas leyendas, traídas de Tiahuanaco, refieren en el Cuzco, que el dios o héroe nacional Conti-ticsi-Huiracocha, después de haber creado e instruido en Tiahuanaco a los hombres, se fué al norte con sus dos compañeros y se embarcó en la costa del Ecuador.

Más tarde el relator de Anello Oliva coloca el origen de los Incas en Jumba, "que los españoles llaman Santa Elena".

Estos informes del quípu camayoc boliviano no tienen mérito político, pero prueban un minucioso conocimiento del Guayas Bajo y por consiguiente, estos cuentos que recibió el Cuzco de Tiahuanaco sólo pueden haber sido comunicados por los aimaraes que deben haber conservado sus comunicaciones con la costa ecuatoriana, donde he encontrado rastros de antiguo poderío y cultura, que no pueden atribuirse a los Incas. Pues sabemos que estos monarcas nunca han podido sentar pie firme en la costa.

Pero hoy tengo que dejar este tema interesante para otra ocasión, porque necesito ocuparme del Guayas.

En otros tiempos la Zona del Guayas, pasando por los manglares, estaba ocupada por bajos anegadizos más extensos que hoy en que ya gran parte de la antigua bahía se ha llenado con tierras aluviales. Bosques tropicales cubrían los llanos y faldas de la cordillera.

El admirable sistema fluvial del Guayas, único en la costa occidental de Sud-América, no sólo sirve para la comunicación interior, sino para la conexión con las vías terrestres de la cordillera.

En los últimos puertos-fluviales en donde la correntada impedía la marcha del barco, se amarraba, y la canoa priu-

ciaba el camino terrestre que conducía a la hoya interandina.

Los habitantes de la costa llevaban sal, pescado y conchas, y regresaban con los productos de la sierra.

Estos puertos no solo servían para el comercio, sino para el intercambio de cultura entre los pueblos adelantados de la costa y las naciones avanzadas y sedentarias de la cordillera.

La carga tenía que resguardarse de la intemperie y los interesados, ambos forasteros en los bosques, tenían que reunirse en pequeños núcleos o aldeas.

Así se ha formado Bodegas viejas en las únicas lomas que sobresalen de las aguas y así Chilintomo (Plaza de Chilintomo) donde el río Juján principia a enaustarse.

Nunca he encontrado en los bosques cerrados restos de mayores poblaciones, edificios y templos suntuosos, ni creo que se encontrarán. Pero de ninguna manera se pueden considerar como despoblados los bosques; al contrario estaban llenos de hordas de gente primitiva, de cazadores y pescadores inaccesibles a la cultura, como lo vemos hasta ahora en los Colorados, que muchos siglos ocupaban la mayor parte de los bosques occidentales. Indiferentes veían pasar las canoas por el Guayas y los adelantados por sus orillas. No se necesita más que ver la choza de un Colorado, para comprender que esta gente no cambió. Su casa tiene un solo piso de pambil y un techo de palmas, su ajuar consiste en unas pocas ollas, la cerbatana (hoy escopeta) y una bolsa para coleccionar frutos de la montaña. Apenas hablan lo más necesario del castellano; el Evangelio sólo les sirve para aprender unas cuantas fórmulas, mientras en secreto celebran sus fiestas con el "nepe" y las piedras sagradas.

Como los Uros del Títicaca, quedan estacionarios e inadvertidos pasan los siglos sobre ellos, hasta que paulatinamente desaparecen.

Naturalmente vivieron los Colorados del norte y probablemente eran los primeros del grupo Chibcha que entraron al terreno ecuatoriano.

Pero lo que siempre ha llamado mi atención es la gran diferencia de su lengua con los otros pueblos chibchas.

Revisando las lenguas orientales, he encontrado que en la lengua de los Colorados se han introducido muchas palabras pertenecientes a pueblos que hoy viven en las orillas de los grandes afluentes meridionales del Amazonas hasta los Tacanas (que p. e. conservan la palabra *be-ve* por río o agua—en Colorado *bi-vi*).

En la sierra y costa ecuatorianas, los Colorados no podían haber adoptado tantas palabras que mayormente pertenecen a los pueblos Panos y Aruac.

Por consiguiente, no me queda más que una suposición que parece aceptable;

Los Colorados, después de haber entrado al Ecuador, pueden haber sido lanzados al oriente por otras tribus chibchas que los seguían. Entonces tenían que ocupar las tierras entre el Napo y el Marañón en donde se encontraron con pueblos Panos y Aruac, que entonces vivían más cerca del gran centro de Río Negro, entre el Orinoco y Amazonas. Otro pueblo, viniendo del Este o Sudoeste, debe haberlos obligado a regresar por la cordillera que cruzaron rápidamente para extenderse sobre los llanos occidentales.

Para presentar esta suposición, me inclinan principalmente consideraciones geográficas y lingüísticas, pero también hay tradiciones antiguas (Monseñor González Suárez) de irrupciones por los valles orientales que hasta ahora no se han aclarado. Que, en caso que sea realidad, los Colorados no dejaron muchos vestigios en las provincias centrales de la cordillera, se explica por su deseo de llegar a tierras cálidas, a las que estaban acostumbrados. La expulsión violenta del oriente debe haber sido por efecto de un ataque de otro pueblo más activo, y no sería extraño que fueron los Jívaros los que los lanzaron.

Lo cierto es que entre los Colorados se ha conservado la conexión con el oriente hasta nuestros días, y antes de la introducción de las escopetas españolas, acostumbraban comprar el veneno para las flechas de sus cerbetanas en el país de los Canelos. Así lo contó todavía el brujo Taitaco, de Acevedo.

En general no creo que los Colorados repartidos en las orillas del Guayas hayan molestado mucho el tráfico del río. Más bien se habrán retirado del contacto con forasteros.

Si en tiempo de la colonia resistieron en sus últimos refugios a los misioneros, era porque no podían comprender el Evangelio y únicamente trataron de librarse de los maestros que les quitaban el tiempo que deseaban ocupar en la cacería y la pesca. Por lo demás parece que vivían, aún entre otros pueblos como una especie tranquila de gitanos. Así los encontramos en las orillas del Guayas y sus afluentes, dispersos entre extraños portadores de cultura, que conectaban la costa con la sierra. Su único anhelo era el de no ser molestados.

A fin de demostrar el papel cultural de la vía fluvial, me permito presentar unos cuatro objetos colectados en la región del Guayas como fojas de una crónica perdida que bien merece el estudio minucioso. En pequeños comentarios deseo abrir el interés por las vastas relaciones que ha habido entre los pueblos americanos en tiempos prehistóricos.

I.—Quevedo

Cuando presenté el primer sello cilíndrico encontrado en el sitio de Ana-María, lo hice por la extrañeza del dibujo y la perfección del trabajo. Evidentemente no pertenecía al círculo de ideas de la vecindad, donde no he observado la figura del dragón. Pero, revisando la literatura, encontré en los estudios de Puruhá del señor Jacinto Jijón y Caamaño el dibujo de los dragones colocados como figuras del naípe en un margen circular y en la misma forma, casi como copia en la colección Wiss, costaricense, del museo de Nuremberga (Prof. Dr. Walter Lechmann, Festschrift). Poco después me mandaron de Esmeraldas un fragmento de barro negro, lleno de dragones grabados. Creo no errar, si considero en todo eso una conexión entre el Ecuador y Costa Rica.

Ahora pocas semanas me trajo mi hijo Federico von Buchwald otro sello cilíndrico encontrado en el sitio de

las "Cuatro Esquinas" situado entre Quevedo y Ana María, es decir, casi en el mismo sitio donde se encontró el primer cilindro. Sus dimensiones son 68 m m. de largo con el diámetro exterior de 32 m m. y 22 m m. de interior.

La semejanza entre los dos cilindros es evidente, pero el segundo es muy inferior en la elegancia y nitidez del dibujo y ejecución. La figura del dragón queda reemplazada por dos monos andando a cuatro manos sobre una rama horizontal. Estas figuras de mono son muy generalizadas en los países chibchas, se encuentran en el atlas de Vicente Restrepo, Bogotá, en el Atlas, Imbabura y Carchi de Monseñor González Suárez, en los estudios del Puruhá de Jacinto Jijón y Caamaño, y ultimamente un huaquero colombiano, entre otros objetos de oro, me ofreció la misma figura de mono que había encontrado en una loma cerca de Bucay.

Probablemente el dragón no tenía significación para el 2º artista y lo reemplazó con una figura conocida.

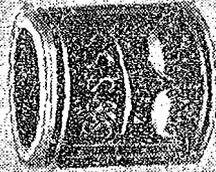
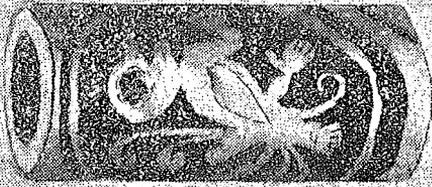
Pero el segundo artista ha tenido a la vista el primer cilindro, porque la imitación del adorno de plumas o helechos característicos es exacta.

Los dos monos opuestos, como en el naípe, son completos y recogiendo la cola caben perfectamente en el espacio disponible.

El espacio, fuera de los cuadros, queda relleno con unas curvas mal hechas.

II.—Vinces

Hace algunos meses, que mi amigo el señor Adolfo Uttermann me mandó de su hacienda Sto. Domingo, situada al sur de Vinces un sello cilíndrico de barro negro, encontrado en las arenas de un cauce seco de la vecindad. El cilindro tiene 32 m m. de largo y un diámetro exterior de 32 m m. con un diámetro interior de 29 m m. A primera vista se nota que es producto de otro pueblo; es un trabajo bien hecho con dibujos claros. El espacio disponible está dividido en cuadrángulos regulares de diverso



I Sello cilindrico Barroto



I Sello cilindrico Ninas

tamaño que nos hacen recordar los dibujos de las culturas clásicas de norte y sur.

Entre los dibujos nos llama la atención la forma de S en dos cuadros como se conoce casi universalmente. No puedo decir si en este caso tenga algún significado. Lo cierto es, que no forma eslabón de cadena, porque solo de un lado puede engancharse. Que la S es forma favorita se prueba porque existe en piezas separadas de cobre.

La figura de un hombre algo estilizado no se presta para observaciones.

En una subdivisión se encuentran dos cuadrúpedos pequeños difíciles de clasificar.

Las dos formas de cruces pueden ser signos de calendario, amuleto o culto del sol.

La cruz es un signo de gran antigüedad y casi universal. Se encuentra en todos los pueblos de la raza Aria, inclusive la India. Es una simple cruz, a veces encerrada en un círculo y significa el carro del sol.

En la China la cruz significa el número cardinal diez y en seguida la perfección—La perfección sobre el signo tierra—es el cielo.

Los indios en el primer tiempo del coloniaje en el Cañar contaron a su párroco, que el Inca, después de haber colocado el mojón setentrional en Angasmayo, hizo en él la figura de una cruz. Esta nota me parece verídica porque los cuatro puntos podían significar el Imperio mundial—las cuatro provincias de Tahuantín—suyu como correspondía a la ideología de los Incas.

La cruz de San Andrés sobre la cruz griega corresponde a la división del año, como se ve en la piedra calendario de México.

III.—Durán

Este punto, cerca de la estación del Ferro-carril, parece haber tenido alguna importancia. Por allá se encontró una fundición de cobre, un molde de fundir lanchas, otras curiosidades y ultimamente un cuchillo de

cobre con corte arqueado, como ya presenté otro encontrado en la Isla de Santay.

En el departamento de Lambayeque son frecuentes estos instrumentos que se encuentran en el campo o en la tierra. Los emplean para limpiar las grandes bateas de calabaza (lapsa) y los llaman Achilca.

Me pareció práctico este empleo hasta que ví una figura que presentó el doctor Max Uhle en sus estudios de Trujillo. En este dibujo se ve un demon que en la mano izquierda tiene una cabeza humana y en la derecha un cuchillo igual al que hoy presento.

La palabra Achilca no pertenece a la lengua quichua, ni al Chimu y, por consiguiente, a una inmigración anterior. Pero como este tema no pertenece a la zona del Guayas, me lo reservo para otra oportunidad.

IV.—Boliche

Las parroquias de Taura y Boliche no se han estudiado todavía, la primera pertenece al Cantón Guayaquil y la segunda a Yaguachi.

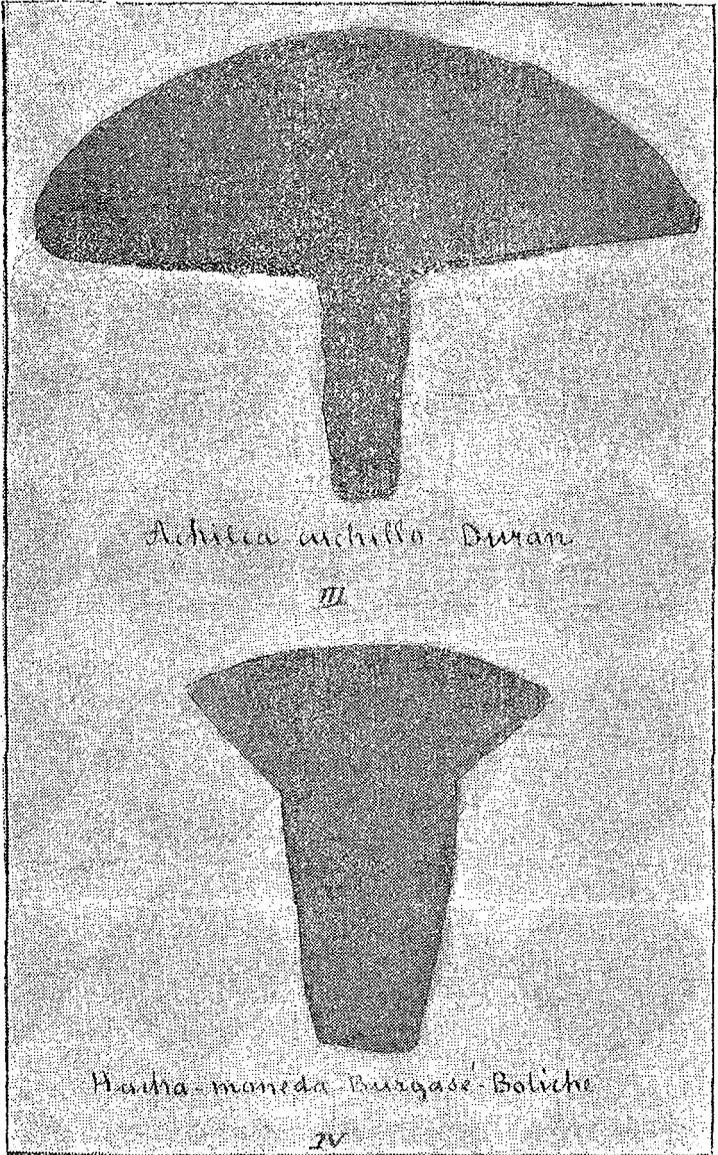
No he podido explicar hasta ahora el nombre de Taura; sólo encuentro una terminación como en Piura y en Sechura. La población india casi ha desaparecido y sólo se cuenta de una última casica, llamada "La Reina galana" cuya casa se enseña entre unos árboles frutales.

Según los títulos de propiedad se llamaba antes la parroquia de Boliche, Burgasé (talvez Burasé o Purasé).

Esta comunidad llegó a dividirse entre ciertas familias de indios cuyos hijos se casaron con blancos y mestizos. El resultado que una hilera de haciendas con una población colectada de varios cantones de la provincia.

Desde que conocí aquella región me llamaban la atención las tolas y sólo el estado de una pierna lisiada me ha impedido un estudio formal. Pero insistiré porque tengo incidios de restos de largas épocas.

En un rancho encontré un hacha de piedra igual a las que conseguí en la faja que se extiende sobre la línea de Ferro-carril de Quito hasta el Río Antonio o sea la



cabecera del Río Babahoyo. Estas hachas tienen el cuello labrado en tres lados e igual forma que las que el Profesor Dr. Ed. Seler encontró en el norte de México. El Señor Berthold Laufer del Museo de Chicago dice en una nota que esta clase de hachas son frecuentes en Norte-América.

Tengo un plato de cobre encontrado debajo de la casa de mi hijo (Hacienda Miua).

De Taura me mandaron los siguientes objetos.

Un par de aretes de cobre

Dos tenacitas de cobre de la forma conocida, pequeñas;

Una aguja de cobre muy bien hecha.

Pero lo mas curioso era para mí un hallazgo hecho en el año pasado. Al sacar una zanja en la misma hacienda de mi hijo, para desaguar una poza, se encontraron doce planchitas delgadas de cobre (véase f: IV) todas iguales. Estas tienen la forma de hachas, pero a primera vista se nota que no han sido usadas, ni pueden usarse. Es verdad que en diversos puntos he encontrado esta clase de planchitas, como p. e. en Naranjal, pero no me llamaron la atención por encontrarse aisladas. Pero 12 planchitas juntas eran demasiado y tenían que tener algún objeto práctico. Talvez el dueño las había adquirido en cambio a fin de acopiar cobre para una hacha o para volverlas a negociar. En todo caso sería una especie de moneda.

De México sabemos que el cobre en forma de hachas servía como moneda; porqué no podría ser conocida esta costumbre en el Ecuador, ya que conexiones con Centro-América parecen comprobadas? No es la boca del Taura una de las primeras entradas desde la boca del Guayas?

El Río Guayas ha sido conocido desde tiempos muy remotos porque la navegación del sur dependía del material de las selvas. Vemos en el dibujo de las telas de Pachacamac las balzas que más tarde utilizaron los Chimu como los Incas.

En el norte del Perú servían las balzas para viajes largos y los caballitos de totora para la pesca. En el Ecuador servían para la costa las canoas llamadas bongos que podían sacar su material de construcción de los bosques del norte.

La palabra bongo, como adjetivo, se ha conservado en el dialecto quichua del Cañar. Los bongos tienen la proa y la popa recortada, es decir sin puntas.

Las canoas que hacían el tráfico en el Guayas son fabricadas de un solo palo, puntiagudas en proa y popa. No han cambiado su forma y se llaman canoas montañeras.

Los Colorados las llaman "culé", que es la única palabra caribe que encontré en su lengua; el Padre Bretón escribe "couliana". Esta forma de canoa es la misma que en el Amazonas.

La conquista paralizó gran parte del movimiento de los pueblos americanos, pero el Guayas no quedó relegado al olvido. En tiempo de la colonia necesitaba Lima las maderas del Guayas para sus construcciones y en los Anales del Perú encontramos Decretos Reales que se ocupaban de la extracción de maderas y la conservación de los bosques de Puná y del Guayas.

Los tiempos modernos le han quitado al Guayas su misión de intermediario entre tierra y costa; los caminos y ferro-carriles la ocupan sin competencia, pero centenares de canoas, lanchas y vapores penetran a los ríos y esteros colectando los productos de la agricultura para llenar los transmarinos que entran a la Ría. Las olas del Guayas pasan al Pacífico al servicio de la Nación cuya atención merecen, porque el paso franco de las embarcaciones ensancha el radio de los sembradores.

LITERATURA

Sociedad Ecuatoriana de Estudios Históricos.—II III
O v B Artefactos prehistóricos del Guayas presentados por Jacinto Jijón y Caamaño.

II 7-8 Dr. Max Uhle La Arqueología de Arica y Tacna.

II IVII Otto von Buchevald notas etnológicas del Ecuador Occidental 4 IX

Academia Nacional de Historia.—Vol III-6 J. Jijón y Caamaño.

Puruhá vía Protopanzaleo II

„ vía p. 67

Vol VI 15-17 Doctor Max Ulhe Civilizaciones de la costa pacífica de Sud-América.

Vol III 6 Otto von Buchevald Un sello cilíndrico.

Antropologischer Kongreso.—Númburg 1913 Dr. Walter Lehmann Festschrift p. 87.

Internacionales Amerikanisten Kongreso.—1904 p. 590 Max Ulhe—vía “Achilca”.

Prof. Dr. Ed. Seler.—Gesammelte Abhandlungen Die Ruinen von la Quemada im Stoate Zacatecas—p. 545.

Herber J. Espinden.—Ancient Civilizations of México and Central América vía p. 77 y 191 Kalender Stone-

Monseñor González Suárez.—Imbabura y Carchi Láminas XV y XVIII Atlas.

Vicente Restrepo.—Chilchali-Atlas Lámina XX.

APUNTACIONES HISTORICAS

sobre la

Literatura Ecuatoriana

(Continuación)

La Revolución

Patriotas exaltados discuten todavía en América acerca de la región o ciudad que merece la primacía en el intento revolucionario por la emancipación. Las circunstancias pudieron favorecer a una u otra ciudad, pero en todas ellas existía un núcleo consciente que para exaltar el amor a la libertad explotaba el sentimiento apasionado de la desigualdad social, a fin de encontrar apoyo en las masas. La opinión de la mayoría no se forma sino al calor de la discusión y cuando la resistencia oportunista se presenta con aires de víctima. Los nobles que se veían postergados y humillados por el solo mal de haber nacido en América, los que hoy llamaríamos intelectuales, que habían logrado instruirse en lucha con el medio y algunos espíritus fervorosos por todo lo noble y lo bueno, fueron quienes auspiciaron el movimiento revolucio-

nario que tuvo realización inmediata el 10 de Agosto de 1809, cuando se formó una Junta a invitación de las organizadas en España, con motivo de la prisión de sus reyes y de la invasión de las tropas napoleónicas. Entonces se juraba fidelidad al rey y odio al francés que hollaba la Península y al *chapelón*, que sin Dios, rey ni ley, gobernaba estas tierras con irritante altanería. La ejecución real del proyecto revolucionario no se llevó a efecto sino más tarde, cuando abiertamente se proclamó la separación de Quito, respecto del gobierno Peninsular.

Nunca estará por demás recordar aquellos hechos, que constituyen la base gloriosa de la moderna nacionalidad. Desde la revolución de las alcabalas, el espíritu levantisco de estos pueblos había venido manifestándose una y otra vez. Espejo concretó el anhelo intermitente y lo encarnó: él fué el representante del pueblo americano condenado, por mucho que se diga en contrario, a sufrir una dominación despótica, y el representante de la alta clase del talento, que adelantaba a esfuerzos heroicos de autoeducación.

Después de Espejo, el indígena combatiente y mártir, vinieron los Marqueses, como el de Selva Alegre, en cuya casa señorial se daban cita los espíritus más notables de la época, como el de Villa Orellana, un antecesor del cual entró a gobernar la Audiencia trayendo de sus posesiones mulas cargadas de oro, para que el público viera que era su dinero el que iba a gastar y no el del erario; como el de Selva Florida, ídolo del pueblo de Quito. Con ellos vinieron también los abogados, los hombres de letras y los de espada, como Morales, Quiroga, Larrea, Cuero y Caicedo, Rodríguez, Ante, Salinas.

El Marqués de Selva Alegre, era hombre de grandes concepciones teóricas y apto para el gobierno, no tenía las condiciones necesarias para sostener una época de lucha, en que el peligro era inminente y muchas las probabilidades de la derrota, si el movimiento no encontraba resonancia, por lo menos, en todo el territorio de la Audiencia. Quito rodeada de enemigos, que podían ser renovados permanentemente, estaba condenada a claudicar. Además, como era natural, en los primeros momentos de confusión las

ideas no resultaban claras ni determinados los propósitos, por lo que no consiguieron, los próceres — como les llamamos a los hombres que figuraron en esa época — organizar los anhelos y disciplinar las aspiraciones, produciéndose el desaliento y un inevitable desconcierto. Por sobre todo esto, y a pesar de que el primer esfuerzo revolucionario se selló con sangre, en la mantanza del 2 de Agosto de 1810, cuando el Comisionado Regio, Carlos Montúfar, impulsado por la situación, en lugar de pacificar, encendió otra vez la antorcha libertaria, se prendió también la tea de la discordia: los Montúfares fueron acusados de ambición; el Marqués de Villa Orellana se puso contra el de Selva Alegre y el Coronel Calderón contra el Coronel Montúfar, el de Humbolt, el de Bailén. Entonces Quito se convirtió en un infierno: si en la primera época la desesperanza había mordido en el corazón de los patriotas que sentían el fracaso irremediable, la emulación, la envidia, el odio, fueron los personajes que imperaron hasta que en 1812, los patriotas quedaron vencidos definitivamente en Ibarra: Calderón fué fusilado; Montúfar salvó, para caer más tarde, previendo ya el triunfo futuro, fusilado también en Buga.

De esta época tormentosa y que en verdad tiene escasos aspectos de grandeza, nos han quedado pocas muestras para la historia de la literatura. Tiempos de lucha, en que lo menos que se arriesgaba era el pellejo, no había espacio para el dulce vagar del espíritu. Además de que, seguramenté por las responsabilidades que acarrea el tomar parte en esos acontecimientos, los archivos de esa época han sido destrozados completamente. Puede decirse que la historia de este tiempo no la puede escribir aún un historiador concienzudo, por falta de documentos.

Juan León Mera, en la curiosa compilación titulada "Cantares del Pueblo Ecuatoriano" publica los versos que ha podido recoger en paciente investigación, referentes al importante acontecimiento de la revolución. Un si es no es gazmoño ha dejado de publicar algunos que considera como demasiado groseros y sucios, pero transcribe muchos otros en los cuales puede sentirse aún ahora el espíritu belicoso y comadrero; pues sólo los años han dado a esos

hechos la perspectiva de grandeza. Al propio tiempo que se hacía la revolución de ideas se entablaba la guerra de décimas, ovillejos y coplas, en pro y en en contra de la revolución. Se ensalzaba a la Junta porque se quería libertad, porque, con los *godos* el vivir era morir, porque se deseaba que no mandaran las autoridades de afuera. ¡Viva la Junta!

*O somos libres o no
¡Viva la Junta!
Si libres no hemos de ser,
Más vale como los incas
Sepultados perecer,
Y no de España ser fincas.*

Los realistas no lo sentían de la misma manera: la Junta era el nombre inventado para ocultar una traición y los que en ella figuraban, así como los que habían tomado parte principal en la revolución eran víctimas de las más sangrientas burlas, de las cuales no quedaban exentas ni las señoras, las que nosotros llamamos las heroínas de la época.

*¿Quién ha causado los males?
Morales
¿Quién los cubre con su toga?
Quiroga
¿Quién perpetuarlos desea?
Larrea
¿Es menester que así sea
Para lograr ser mandones,
Estos desnudos ladrones
Morales, Quiroga y Rea.*

*¿Quién angustias os destina?
Salina;
¿Quién quiere que seáis bobos?
Villalobos
Ya se aumentarán los robos
En aqueste infeliz Quito,*

*Pues protejen el delito
Salinas y Villalobos.*

*¿Quién mis desdichas fraguó?
Tudó
¿Quién aumenta mis pesares?
Cañizares
¿Y quién mi ruina desea?
Larrea
Y porque así se desea,
Querría verlas ahorcadas
A estas tres tristes peladas
Tudó, Cañizares, Rea.*

No se sabe de quién eran estos y otros versos que circularon entonces y que señalaban las esperanzas y las incertidumbres, los buenos o malos resultados que se iban obteniendo en la contienda.

Existe una letrilla atribuída a Juan Larrea, uno de los Ministros de la Junta Patriótica; burlescos y amargados, como que ni el mismo gestor de la revolución tuviera fe en la empresa.

Y no era para menos; los acontecimientos se precipitaban y las esperanzas se desprendían como las hojas del árbol de que hablaba el poeta. La tragedia no tardó en aparecer con su faz siniestra y el 2 de agosto de 1810, los patriotas fueron sacrificados cruelmente. La musa civil apareció entonces con un Canto Lúgubre, que recordaba las tétricas palabras de los profetas bíblicos. El Canto no tiene la importancia del hecho al que estaba dedicado, pero es un curioso documento, por detallarse los muertos en la infausta ocasión y por apuntarse los principales caracteres de los sacrificados.

El 2 de agosto tuvo resonancia en varios puntos de América y puede decirse que contribuyó como el que más a la presentación franca y valiente de la revolución emancipadora. Sobre los acontecimientos desarrollados desde el 10 de agosto hasta la matanza del año 10, nos ha quedado un escrito de sumo valor, por desgracia poco conocido por la generalidad de los lectores. Es el «Via-

je imaginario por las provincias limítrofes de Quito, y regreso a esta Capital». Es documento de la época y de un testigo presencial, pues, según manifiesta el Dr. C. R. Tobar en la introducción que puso al editar el «Viaje en los Anales de la Universidad Central,» el autor es el Provisor y Vicario general del Obispado de Quito, D. Manuel José Caicedo, sobrino materno del Obispo José Cuero y Caicedo, uno de nuestros verdaderos próceres. El viaje ha sido aprovechado por el historiador Cevallos, pero para la generalidad de los lectores es como si permaneciera inédito.

Al principiarse la relación de los acontecimientos objeto del viaje imaginario, se manifiesta que por aquellos días corrían entre el público algunas memorias de la revolución hecha en Quito el 10 de agosto de 1809, que contenían deficiencias que nuestro autor se propuso rectificar. El Viaje se refiere principalmente a lo acaecido en estas provincias desde el 22 de Junio hasta el 22 de setiembre de 1810; esto es, en el tiempo más trágico de aquella tan infausta como gallarda revolución. Se narran punto por punto los antecedentes de las matanzas del 2 de agosto, el sufrimiento y el heroísmo del pueblo de Quito, las zozobras e inquietudes que se siguieron al hecho, hasta la entrada del Comisionado Regio, Carlos Montúfar entre vivas y aclamaciones del pueblo. «Mas de doscientos campesinos montados a caballo iban por delante formados en dos alas, seguía la nobleza, y al fin venía el Comisionado con todo el aire generoso del que acababa de llegar victorioso del campo de batalla. La vista de este aparato magnífico hizo perder el color a los sátrapas, y sin embargo de que nadie hizo la menor demostración que indicase alteración, y que todos marcharon con una dignidad que no podía esperarse justamente de un pueblo irritado. D. Simón Sáenz ha pintado este pasaje con todos los colores del crimen y de una verdadera agresión. Todo es delito en los quiteños, y hasta el amor de sus hermanos y el obsequio de sus compatriotas».

La relación viva, colorida y valiente tiene el carácter de la mayor veracidad, con la posible imparcialidad que

cabe observarse al escribir sobre hechos contemporáneos y más cuando el escrito es como éste, polémico y con el objeto de refutar ajenas aseveraciones. ¿Qué se han hecho las memorias a las que se refiere el autor del viaje? Han desaparecido o permanecen ocultas como tantos otros papeles de importancia.

La venida de Carlos Montúfar fué un brote de esperanza en ese cielo entenebrecido por los ayes de dolor de las familias más distinguidas y notables de la ciudad de Quito, que tenían todas algún deudo a quien llorar o sufrirían persecuciones. La vida estaba entonces en constante peligro y hay que medir las circunstancias para disculpar los fallecimientos en que, a menudo, caían los padres de la Patria: claudicaciones dolorosas, pero explicables y que no menguan en un ápice la gloria que tienen aquellos hombres que fueron los primeros en exponer la tranquilidad, los bienes y la vida, para trabajar por la emancipación de esta tierra del pesado yugo de la dominación española.

Por desgracia todo el ímpetu gallardo del Comisionado Regio, combatiente en Bailén, se estrelló pronto contra las emulaciones de mando y tal vez de prosapia y distinción. Los Selva Alegre se pusieron contra los Villa Orellana; Carlos Montúfar era el capitán de los primeros, Francisco García Calderón (cubano que dió al Ecuador su sangre y la gloria imperecedera de su hijo Abdón), de los segundos. Ya gobernaban los unos, ya los otros. La guerra se hacía sin la seguridad del éxito, con el sobresalto de todas las traiciones. Y en efecto la reacción levantó la cabeza de hidra y el fracaso fué el resultado irremediable. La duda, el miedo, la falta de resolución, por lo menos, hicieron retroceder de Cuenca a las tropas patriotas, que al fin tuvieron que desocupar Quito y en retirada fatal, fueron a terminar la jornada a las orillas del lago saugriento que ya en otros tiempos había servido para el sacrificio de patriotas y valientes, en *Yahuarcocha* o lago de sangre.

De esta época de confusión nos quedan pocos documentos; entre éstos podemos citar las «Reflexiones de un Filósofo en su retiro», curioso manuscrito descubierto por el infatigable investigador Sr. Cristóbal de Gangotena y

Jijón. Las Reflexiones no llevan ninguna firma, pero tienen el mérito de transparentar la negra odiosidad de la época. Es una requisitoria apasionada en contra de Montúfar y de la casa de Selva Alegre y lleva la fecha del 19 de abril de 1812, día en que salía Francisco Calderón con la expedición contra Cuenca, expedición que como la anterior iba a ser desgraciada.

Si este escrito tiene carácter polémico y apasionado, indigno de cualquier filósofo, los *Recuerdos de los Sucesos principales de la Revolución de Quito desde 1809 hasta el de 1814*, del doctor Agustín Salazar Lozano se compusieron por un exceso de celo patriótico y diligente, circunstancia por la cual el autor no se cuidó de detallar los acontecimientos de los que fué testigo—lo cual hubiera convertido a este documento en el más apreciable aporte para la historia—, sino en agrupar los más salientes para probar la importancia y el alcance de la revolución de agosto. El Dr. Salazar se resolvió a redactar sus *Recuerdos* con motivo de haberse recibido en Quito, a principios de agosto de 1824, la exposición que el historiador José Manuel Restrepo, en su carácter de Secretario del Supremo Despacho del Interior, había elevado al Congreso de Colombia y en la cual exposición, al referirse a los sucesos de Quito y a la Junta del año nueve, dijo de ésta que había sido *verdaderamente teatral* porque bastaron 400 soldados de Lima para desbaratarla, como los 1.000 milicianos de Guayaquil y Cuenca, conducidos por el General Montes dieron al traste con la segunda Junta del año 10 y concluyeron con la revolución. Indignado; justamente el Dr. Salazar porque no se concediera toda la importancia debida al movimiento emancipador que sirvió de acicate a los ánimos predisuestos de los luchadores de América, que tuvo todo el valor de una aventura valiente y decidida y que obtuvo la consagración del sacrificio y del martirio, hizo la apología del hecho, agrupando los acontecimientos más salientes y haciendo resaltar la firmeza, la bravura y la abnegación de las falanges desgraciadas que sucumbieron en 1812 después de un batallar constante y a pesar de la discordia intestina que restaba cada vez más las probabilidades del éxito.

A esta época corresponde el folleto escrito en 1862 por el General Villamil. Se puede decir que es una continuación del anterior, pero compuesto en un estilo vivaz y alerta, lleno de ingenio y de buen humor. La languidez cansada de la narración de Salazar se refresca y vigoriza en la *Reseña de los acontecimientos políticos y militares de la Provincia de Guayaquil desde 1813 hasta 1824*. Por mucho que estos recuerdos fueran consignados en la vejez, tienen muy grande importancia, pues que son escritos no sólo por un testigo presencial sino por un actor en los acontecimientos del 9 de octubre de 1820. Vencida la revolución de Quito, como dejamos dicho, la esperanza de los patriotas se alejó desesperadamente; pero si Quito había fracasado, en América ardía la guerra y el genio de Bolívar era la estrella que levantaba todos los anhelos. Bolívar, en el Norte, San Martín; en el Sur, iban a marchas forzadas hacia el triunfo, y cuando un grupo de valientes guayaquileños, que ya mantenía la idea revolucionaria desde antes, resolvió entusiasmado con la llegada de tres oficiales venezolanos y con el concurso del inteligente y entusiasta luisianés J. Villamil, proclamar la independencia, como en efecto lo hizo el 9 de octubre de 1820.

Villamil fué uno de los factores decisivos para que se produjera aquel acontecimiento. Cuarenta y dos años, después, el descubridor de la isla Floreana y padre respetable de una honorabilísima familia guayaquileña, hizo la relación de aquellos hechos. Pudo haberle flaqueado la memoria para los detalles, la relación puede falsear por unilateral, pero es el escrito más importante sobre aquellos días: tiene un calor comunicativo que la hace agradable y simpático.

Principia por manifestar como varios americanos que estaban en Europa al comenzar el siglo XIX hicieron con más o menos solemnidad, el mismo juramento que Bolívar en el Aventino o en el monte Sacro. La idea de libertad madurada en Europa debía dar sus frutos en América, de modo irremediable. Pudo corresponder dar principio a tal o cual región, pero la primacía de la iniciativa pueden disputarla todos los pueblos de América.

Villamil reanuda la relación de la historia de la independencia desde el día siguiente del fusilamiento de Francisco Calderón, del cual dice que “era hombre de cuerpo de fierro, de corazón de león, de cabeza volcánica y de alma indomable; un verdadero republicano que no pretendía ser superior a nadie, ni consentía en ser inferior a ninguno” Villamil estaba emparentado con este héroe. La lectura agradable y sugerente, a pesar del poco firme español del autor, se refiere a la expedición del comodoro Brown, a los acontecimientos del 9 de octubre y a la expedición de la goleta “Alcance”; esto es a la más culminante de esa honrosa y gloriosa página de la historia. Con sus observaciones sagaces y llenas de perspicacias pinta a los hombres de ese tiempo, revela la perenne ingratitud de aquellos, que en Guayaquil, al otro día del 9 de octubre, querían besar las manos de los promotores de la revolución para cortarlas después; narra la sencilla campechanería de San Martín; cuenta como el Libertador “caía frecuentemente en éxtasis”. “Creyéndole dormido le he oído decir cosas que sorprenderían si las repitiera”. Las notas humorísticas son continuas. He aquí una. Habla el padre Querajasu expulsado de Guayaquil con otros españoles, algunos de los cuales fueron canjeados con los prisioneros patriotas. “No tuve la curiosidad de preguntar si el arzobispo mandó el canje del padre Querajasu. Sería un canónigo *bien rosé et bien dodá*, pues su paternidad reverenda era muy buen mozo, bien plantado, como de seis pies de alto, y con muy buena voz de soprano.—Muchas veces me ha pesado el haber tomado parte en el 9 de octubre que ha tenido la impertinencia de privar a las beatas de Guayaquil de tan aparente confesor”.

La República

Hemos llegado a la República y comienza una nueva era. Una musa popular, burlona, se cuenta que escribió en los muros más visibles de la ciudad de Quito, al otro día de la revolución de 1809, el desengañado dístico que decía: “Ultimo día del despotismo y primero de lo mis-

mo". No era el fácil acomodamiento administrativo el que se buscaba con la guerra; era un cambio fundamental, absoluto, para el que no estaban preparados los pueblos. La guerra de las repúblicas bolivarianas no hubieran tenido el penacho caballeroso y gallardo ni la gloria refulgente y definitiva, si no fuera por la aparición providencial del hombre que reunió los talentos guerreros y las virtudes del estadista, para conducir a los ejércitos y dirigir a los pueblos: Bolívar.

Desde el 9 de octubre de 1820, en que Guayaquil se declaró independiente y libre, la actual República del Ecuador, a pesar de la vida agitada que ha llevado, cuenta una transformación completa y fundamental. ¿Trajo la República nuevos métodos de cultura para que prosperaran las artes y las ciencias y sobre todo las primeras? Alumbró el sol de la libertad, y era bastante. Lo evidente y cierto, ha sido que desde esos días es innegable la prosperidad pública. En un siglo de vida independiente, el Ecuador puede mostrar ingenios y hombres ilustres, en mayor número que en los tres siglos anteriores del coloniaje.

El primer poeta de la República, también el primer poeta de América, en ese tiempo, es Olmedo. Se dirá que la cultura deriva de la colonia; pero de no sobrevenir las guerras de la Independencia, de no surgir el motivo lírico y heroico, hubiera sido Olmedo el poeta que admiramos?

José Joaquín de Olmedo nació en Guayaquil el 19 de marzo de 1780. Hizo sus estudios en Guayaquil, primero, y en Quito y Lima después. En esta última ciudad obtuvo fama de estudiante inteligente y de poeta: se le confió la cátedra de filosofía y se le obligó a escribir varios versos de circunstancias. En 1809 se trasladó a Quito con el objeto de incorporarse en el colegio de abogados de esta ciudad. En 1811 se dirigió a España, como diputado a las Cortes, de las que se le nombró secretario. Olmedo no fué un orador como su compatriota Mejía, pero se le halla siempre defendiendo las buenas causas. Con la vuelta de Fernando VII, Olmedo regresó, poco menos que de huída, a Guayaquil, a donde llegó en noviembre de 1816.

Por este tiempo América se debatía heroica y orgulloosamente por su emancipación, y, cuatro años más tarde, Guayaquil mismo se proclamaba libre. Olmedo; como buen patriota y hombre de conciencia, tomó parte en la revolución. Decidida la incorporación de Guayaquil a Colombia, Olmedo que no había sido partidario de ella, reconoció la necesidad que América tenía el genio de Bolívar para su completa liberación, y cooperó con el Libertador. Cuando Bolívar se hallaba frente de los destinos del Perú, se le confirió a Olmedo el nombramiento de Ministro Plenipotenciario ante las Cortes europeas. En Europa permaneció hasta 1828.

Desde 1830 Olmedo figura en primera línea en la política ecuatoriana y ocupa los más altos puestos. No salió elegido para Presidente de la República en 1845, porque, según la dura frase de Rocafuerte, se prefirió la vara del mercader a la pluma del sabio; aunque, en verdad, Olmedo, hombre de altísimas cualidades intelectuales, no era el varón severo e inflexible que exigía la vida política de nuestra democracia en formación. Gustó de la paz y del sosiego, antes que de las intranquilidades que ocasiona una conducta política sin condescendencias.

No fué un político, pero sí un hombre cultivado y un poeta, el más alto poeta de ese tiempo, el que más fuerzas tuvo para levantar la trompa épica y el clarín sonoro, para pregonar las glorias del guerrero genial que libertó una gran parte del continente hispano-americano. Como ya lo presintiera Olmedo, su nombre irá a la par del de Bolívar y en el canto de Olmedo repercutirán con mayor gloria las heroicas gestas de Junín y de Ayacucho. Olmedo, el hombre de la paz y de las virtudes domésticas, fué por inexplicable caso de bovarismo cumplido, un cantor guerrero y el que con mayor plenitud y acierto pintó de manera imborrable e inolvidable la grandeza épica de aquellos días de gloria.

El carácter, la educación y el ejemplo de las corrientes literarias entonces en boga, le llevaron al neoclasicismo que era en esos tiempos la reacción obligada ante el desborde literario anterior y la influencia moderadora de la clásica escuela francesa, llevada a España por los Borbo-

nes. Los latinos, los ingleses y el español Meléndez y Valdez hicieron parte de la primera educación literaria de Olmedo. Versos fríos, didácticos y morales hubiera escrito de no llegar por entonces a animar con un soplo de lirismo ardiente a los cuadrigas clásicas el genio por demás romántico del Libertador y el grandioso remedo de las luchas cantadas por los antiguos poetas.

No fué copiosa la producción de Olmedo; escribió sin sobresaltos sobre cosas dignas y sobre asuntos nobles. Sólo tres veces su musa se sintió inquieta y arrebatada, y las tres produjo cantos admirables. Los críticos han buscado los defectos que pudieran encontrarse en el *Canto a Bolívar*, defectos que no pueden faltar en obra humana; los críticos han desmenuzado este canto, haciendo erudita labor de literatura comparada; han buscado influencias, han equiparado renombres; pero todos, Menéndez y Pelayo, Cañete, Carbo, Bello, los Amunáteguis y otros, han tenido que reconocer que Olmedo tiene el vuelo lírico necesario para hacer que flameen en todo su esplendor los pabellones de los pueblos libres que se levantaron espléndidos y rutilantes en Junín y Ayacucho. El canto a Bolívar no sólo conservó la gloria de esos días sino que también ha educado en el culto de la bravura a muchas generaciones.

La musa pindárica calló en la meditación después de este canto; el poeta, que era también un filósofo, abstraído en sus imaginaciones y pensamientos, oyó más tarde el ruido conocido de las armas, creyó que todavía luchaba el capitán del siglo por la libertad de América y pulsó la lira. Los retóricos dicen que la oda al General Flores está más perfectamente compuesta que el Canto a Bolívar; ello puede ser cierto; también puede ser verdad, como asegura Menéndez y Pelayo, que “para hacer buenos versos siempre es ocasión oportuna, y a los poetas hay que pedirles más cuenta de los versos que de los asuntos”, que en todo caso Olmedo será de manera principal y figurará en primera línea en el parnaso americano como el cantor de Bolívar y de la libertad. (1)

(1) Es indudable que entre las obras de Olmedo ninguna puede compararse al Canto a Bolívar. La oda a la batalla de Miiñarica puede ser de factura más cuidada; pero, precisamente, el desbordamiento, la abundancia, el lirismo

En 1842 compuso el maravilloso soneto que se titula *En la muerte de mi Hermana*. Este soneto es una de las más hermosas obras del poeta guayaquileño; hay vigor y estro; el dolor se desborda hasta enloquecer; la frase atrevida no es sino la traducción fiel de un pensamiento rebelde, pero creyente; no es la actitud del arcángel insumiso ni el apóstrofe byroniano—noble actitud que atrae y deslumbra—, es sólo la angustia del creyente que al no encontrar el milagro se desespera y llora en alta voz, plañideramente, pronunciando palabras incoherentes, pero en ritmo armonioso.

El P. Vásconez, en el magnífico estudio, acerca de Olmedo y sus obras, hace notar que este soneto tiene re-

pletórico y en cierta manera desmelenado del Canto a Bolívar, colocan a éste en el primer puesto. Mucho se ha dicho y hablado respecto del género al que puede pertenecer esta composición y de los defectos que por lo mismo se le querían reconocer. Estas rotundas afirmaciones retóricas creemos que deben pasar, al fin, de moda: ¿será una epopeya, una oda, un canto épico? Poco nos importa averiguarlo; lo indudable es que corresponde a la grandeza de un acontecimiento y está compuesto de manera de responder al lirismo epopéyico de la época. Es el canto que los soldados victoriosos hubieran querido entonar de poderlo; es la deducción que el hombre inteligente de este tiempo debía hacer al acabar las guerras de la independencia. Se ha dicho que el mejor crítico de esta obra magistral ha sido Bolívar, el héroe de la epopeya. En efecto, el héroe mismo tenía la concepción magnífica y la intuición genial pero al propio tiempo hay que considerar que Bolívar juzgaba el Canto desde un punto que podemos llamarle egoísta: Bolívar encontraba que el episodio del inca era desproporcionado para el asunto; esto es que el poeta al proponerse cantar al héroe actual, en realidad había consagrado su atención al héroe epónimo de otrora. Y así debía de ser, las guerras de la independencia eran una consecuencia histórica; estas tierras habían perdido su autonomía con la venida de los españoles y esa autonomía fué la que se conquistó definitivamente en Ayacucho. En realidad en esos campos volvieron a triunfar los incas; pero los tiempos habían cambiado, la autonomía venía ahora acompañada de libertad. La independencia la representaba Huainacapu, el inca conquistador; y, por tanto, el héroe central tenía que ser este inca. La libertad, encarnaba Bolívar; éste era, pues, el héroe actual o de actualidad. Si la observación de Bolívar era justa, más justicia tenía Olmedo en su concepción.

Por lo demás, hay que confesar que el canto ha envejecido; ya la onomatopeya retumbante del trueno horrendo suena cada vez más a cosa pasada y hueca. Para nosotros no puede ser ese canto la concreción permanente de un ideal, aunque quedará como la representación fiel del sentir de entonces; y Olmedo será siempre el cantor más genuino, más esplendoroso y más valiente de las guerras de la independencia; y el Ecuador en su pobreza guerrera tendrá en Olmedo el orgullo de que representó la idea, la intelectualidad y la inteligencia. «Obra de ayer, el *Canto* conserva con fragmentos que no han envejecido, andrajos de retórica marchita, alegorías polvorientas como los estandartes de museo, que al viento de Junín fueron rutilantes. Para su tiempo fué admirable», dicen García Calderón y Barbagelata en el estudio acerca de *La Literatura Uruguaya*, al comparar el *Canto* con la *Leyenda Patriá* de Zorrilla de San Martín. La apreciación no debe dolernos; es justa, muchas veces la hemos hecho nosotros mismos, aunque con tímida resistencia.

miniscencias de una oda de Víctor Hugo; para nosotros, más que la semejanza, comprobada o no, el dato nos sirve para seguir el desenvolvimiento estético del poeta: el cantor de la escuela neo-clásica había sentido en los últimos años de su vida el poderoso influjo de la musa romántica, que luego iba a apoderarse del mundo. Este soneto es el primer paso del romanticismo en el Ecuador.

Olmado falleció en Guayaquil, el 19 de febrero de 1847.

Olmado es un capítulo aparte en la literatura ecuatoriana. Las artes, para prosperar, necesitan de la paz; en medio de las convulsiones políticas los tintes se convierten en sombríos y sangrientos. Con las luchas de la independencia conseguimos el gran bien de la libertad; pero luego quedaron en los pueblos mil inquietudes: la soldadura informal y falsa de la Gran Colombia que no podía subsistir sino en tanto le amparara el genio de Bolívar; las ambiciones que se levantaron desaforadas en busca del poder, una vez acabada la lucha; la soldadesca, azote espantoso y terrible para estos pueblos del Sur de Colombia. No se cicatrizaban las antiguas heridas, no se restañaban las nuevas llagas, cuando con la muerte de Bolívar vino la irremediable disgregación de Colombia; el Ecuador se constituyó en el Estado libre que debía de ser; pero su mandatario, por esas anomalías que sólo explica la anormalidad de los acontecimientos, no fué un ecuatoriano, sino un extraño, uno de los soldados de la marejada heroica, traído por el Libertador desde los apartados confines de Puerto Cabello. La verdadera patria del General Flores era, sin duda alguna, el Ecuador: lazos, afectos, intereses, todo le ligaban a esta tierra; mas nada se consideró suficiente ni bastante para que dejara de ser un extranjero y se le combatiera como a tal. Los primeros años de la República son la historia de la lucha del Ecuador contra los soldados de otros países que habían quedado en este territorio cuando la Guerra Magna.

Tiempo de inquietud y de zozobra es éste en el que las instituciones no se consolidaban y hervían los odios; y al propio tiempo el acontecimiento era tan desmedrado, o por la misma pequeñez o por la falta de hombres de suficiente

valía, que el acto artístico se anulaba y desaparecía casi. Como una derivación de los cantos heroicos de Olmedo, otros poetas menores, se desgañitaban contra la tiranía, pero en versos tan pedestres o en prosas tan altisonantes y vacuas, que se puede decir que la literatura, y sobre todo la poesía, tuvo un interregno.

En esta época opaca y sin brillo, el General Juan José Flores, Presidente de la República, entretenía sus vagares, en hacer versos. Curiosa figura y hasta cierto punto enigmática es esta del General Flores: nacido en medio de la guerra y crecido en ella, obtuvo los grados militares, como en esa época se los obtenía, a fuerza de valor. No tuvo tiempo para ilustrarse; pero en los respiros que le dejaban los combates, procuraba adquirir conocimientos, y en alguna parte hemos leído, que cuando llegó a Quito, con alta graduación ya, recibía clases de los profesores notables de esta ciudad, sobre diferentes ramos. Su ingenio y su talento le encumbraron a la Presidencia, su talento triunfó de Rocafuerte y su ingenio obtuvo de Olmedo, la famosa oda cuando la batalla de Mifiarica. Colmado de honores y de gloria, su ambición que no reconocía límites, quiso tener también la gloria y el lauro de la poesía. Y escribió versos; *Ocios Poéticos*, tituló la colección publicada en 1842; colección curiosa que demuestra los géneros que gustaban cultivar los ingenios de esa época: Odas sáficas, Silvas confidenciales, Anacreónticas, discursos morales y romances jocosos. En verdad estas composiciones no pueden llamarse poéticas; pero el General Flores no disparata en verso y los ejercicios retóricos son hechos con buen sentido, a tal punto que el notable crítico J. M. Gutiérrez expresó la duda de si tales versos no serían escritos en colaboración con el poeta Olmedo. Absurdo, desde luego.

Si el espíritu público hubiera estado mejor preparado, y el ejército no hubiera sido extraño a los intereses de la nueva República, el gran competidor y más que émulo, hubiera sido Vicente Rocafuerte. Hombre preparado en todos los ramos de la administración pública y acostumbrado a considerar los grandes problemas del mundo con criterio de investigador, tenía además una instrucción brillau-

te y sólida, obtenida en Francia. Rocafuerte nació en Guayaquil, en 1783. Educado en la capital francesa en los días mismos que siguieron a la gran Revolución, estaba lleno de las ideas generosas que a la postre transformaron al mundo. Hirviendo en ideas de igualdad, libertad, fraternidad, regresó a su ciudad natal; estuvo en relaciones con los próceres quiteños del año nueve; se le apresó en Guayaquil cuando la revolución; puesto en libertad, regresó a Europa a estudiar los métodos administrativos y de gobierno que se iniciaban con la democracia. Asistió a las Cortes de España del año catorce; se negó a rendir homenaje a Fernando VII; salió de fuga de Madrid y recorrió el sur de Francia e Italia. Regresó a Guayaquil en 1817.

Desde 1820 se le encuentra al servicio de la causa de la Independencia: va a España en comisión dada por Bolívar; en Estados Unidos publica opúsculos de propaganda revolucionaria y democrática; en México combate a Iturbide; sirve en Europa inteligentemente a la Nación mexicana y vuelto a México escribe sobre la tolerancia religiosa, sobre los gobiernos republicanos federales; se pone al frente de un periódico de combate que hace la oposición al gobierno despótico de Bustamante; se le encarcela y al salir escribe un ensayo sobre cárceles, con observaciones que son atendidas por el mismo Gobierno.

Después de vida tan agitada y brillante, volvió a su patria, y aquí principió una nueva etapa. El hijo de la revolución, el virtuoso republicano, se encontró al volver a su país con la administración desconcertada de Flores, con los vicios de una soldadesca desenfrenada, con una juventud generosa que luchaba desorientada por falta de jefe. Rocafuerte se puso a la cabeza de la oposición; la juventud quiteña le llevó al Congreso, del que salió al destierro por su actitud franca y resuelta: uno de los jóvenes opositoristas, Pedro Moncayo, había adelantado ya al destierro. Ni Rocafuerte ni Moncayo salieron de la República, porque en esos días estalló una revolución en Guayaquil; revolución de hambre y de felonía, pero que para prestigiarla creyó del caso reconocer como

jefe a Rocafuerte. Los revolucionarios eran esos soldados extraños que no querían a esta tierra ni eran queridos en ella. Mena, el Jefe, acaso quiso tentar fortuna solamente; los soldados ansiaban el botín, Rocafuerte no podía ser el caudillo de tan bajas ambiciones y al fin se le entregó a Flores por el mismo Mena. Este, político habilísimo, no fusiló a su enemigo prisionero sino que le entregó el mando; Moncayo renegó de su maestro tránsfuga y se alejó al destierro.

A través de la desolación de Miñarica llegó Rocafuerte a la Presidencia. Ha sido el mejor Presidente; su administración fué benéfica y culta y su comportamiento ejemplar.

Salido de la Presidencia siguió trabajando por su patria hasta la víspera de su muerte, ocurrida en Lima en mayo de 1847. En el lecho de muerte dió ejemplo de tolerancia religiosa: se confesó, pero con un clérigo disidente.

Esta vida tan fecunda lo fué también para la literatura; pues dejó en ella la marca de su genio lleno de arrebatos orgullosos y de magníficas concepciones. Conocedor de una civilización más adelantada que la de América, ensalzó la tolerancia; escribió de manera desenfadada sobre la libertad política; atacó de frente y a fondo a los enemigos; su frase vigorosa y enérgica expresaba con claridad los conceptos y las ideas. Hoy mismo las obras de Rocafuerte constituyen una valiosa enseñanza contra los abusos de los mandatarios, el envilecimiento del pueblo, el fanatismo y las preocupaciones.

Fray Vicente Solano marcó toda una época y la salvó de la esterilidad a que le condenaban los primeros años de nuestra vida republicana. Nació en Cuenca por los años de 1791 a 1793; muy niño entró a la orden franciscana y en 1813 recibió las órdenes sacerdotales en la ciudad de Quito. Regresó a Cuenca en 1816 y llevó desde entonces una vida de estudio tan intensa, que tuvo tiempo para adquirir variados y extensos conocimientos en muchas materias, científicas y literarias, prestando particular atención a todo cuanto sucedía en su patria y en el mundo, para asimilar conocimientos y para rectificar errores,

cuando él los conceptuaba como tales. No se puede encontrar fácilmente una vida más laboriosa ni tan bien aprovechada; pues no dejó de leer ni de escribir hasta el año 1865 en que falleció; los últimos momentos de vida dedicó a sus libros. Con filosófico humor pedía a uno de sus parientes que le enterraran con dos libros que mucho leyó en su vida, a la manera de los incas que se enterraban con sus tesoros.

Además de las obras y estudios religiosos que escribió en su larga y fecunda vida, el P. Solano dejó profundísima huella en la literatura; aunque en moldes demasiado estrechos, ejerció la crítica con gran probidad y sobra de conocimientos; el estudio que escribió acerca del *Canto a Bolívar* de Olmedo, encierra observaciones y apreciaciones que pueden ser aceptadas por la crítica moderna. Le faltó ductilidad, y esa es la causa para que su obra no fuera fecunda en resultados.

No así en su obra polémica en la que ejerció con donosura y gracia las armas de la ironía. Redactó muchos periódicos y fué el fundador del periodismo en Cuenca; esas hojas no le servían sino para exponer ideas, para defenderlas y para oponerse a las de quienes no estuvieron conformes con su modo de pensar o se atrevieron a ejercer cierta libertad de pensamiento. (2)

Pensador, que gustaba reflexionar acerca de los acontecimientos y derivar una euseñanza de ellos, consignó sus meditaciones en aforismos de penetrante observación algunos y gustó de escribir disertaciones filosóficas y políticas, que eran como deducciones de la filosofía y de la historia, con el auxilio divino. No siempre anduvo acertado; pero admira la enorme extensión que abarcaba su vista y las grandes fuerzas que tenía para probarlas en muchas empresas intelectuales. Ector in-

(2) Es célebre en la literatura de América la polémica acre, erudita e irónica que sostuvo con el centroamericano Antonio José Irisarri, valioso contendor que escribió sobre diferentes materias; pues lo mismo emprendía en obras históricas, como el *Juicio Crítico*, en defensa de Flores, como versos de combate. El americanista José Toribio Medina en su curioso Diccionario de Anónimos y Seudónimos Hispano-Americanos descubre muchas obras que este excelente polígrafo produjo en los varios países de América. Todavía tendremos que recordar a Irisarri en otra parte de este estudio.

causable, gustaba dar a conocer al público los nuevos conocimientos que adquiría diariamente, y así hablaba de cosas que hoy servirían solamente para asuntos de simple gacetilla, como de las verdaderas novedades en materia científica y literaria. El P. Solano habló, el primero en el Ecuador, de Chateaubriand y de Laménais, aunque no los juzgara sino bajo el aspecto puramente religioso, ni era posible que alcanzara a comprender las derivaciones literarias a que iban a dar lugar *René* y *Chactas*.

El P. Solano cultivó también las ciencias naturales en los momentos de descanso que le dejaba su actividad combativa.

Por lo mismo que tan alborotada ha sido la vida política del Ecuador, se ha visto surgir en medio de ella a hombres excepcionales que han sabido imponerse a los acontecimientos, sobresalir en ellos, mantenerse firmes y conservar una honradez a toda prueba, en medio de las claudicaciones y de los tristes rebajamientos que han sido la forzada compañía de los hombres que han trajinado por veredas tan llenas de zarzales. Uno de esos caracteres, que conservó siempre la honrada altivez que le hizo acreedor al respeto de amigos y enemigos, en medio de la lucha encarnizada, fué Pedro Moncayo, el viejo *Chihuahua*. Estos políticos respetables que han pasado a la historia con figuras de proporciones legendarias, son como esos varones de la antigüedad, descritos por Plutarco; y no hubo generación que más se nutriera de los historiadores latinos y en las *Vidas Paralelas*, que ésta, despertada a la vida política cuando los últimos fulgores de la guerra de la independencia y el fatal empuje de los acontecimientos a la dictadura de Bolívar. La juventud, liberal, empapada en las máximas de la Revolución Francesa y en las más antiguas de los héroes de la libertad humana, vieron en Bolívar al tirano, cuando era el padre de la patria. Error acaso; pero error nacido en medio del fervor apasionado del culto que se rendía a la libertad.

Moncayo nació en Ibarra en 1804. Recibió la investidura de abogado en la Universidad de Quito. Desde muy joven estuvo en la oposición que se hizo al Gobierno del General Flores; en 1883 formó parte de la célebre so-

ciudad "El Quiteño Libre" y redactó el periódico del mismo nombre. Este periódico ha gozado de una justa fama y es como esas piedras miliarias que las antiguos ponían para señalar el camino, recorrido: sereno, culto, mesurado en el ataque, firme y resuelto en la réplica, el periódico fué un ejemplo tonificante; los artículos además estaban escritos con nervio y gran estilo. La época no era sin embargo, para que el Gobierno respetara tan decente oposición: Moncayo salió al destierro. Uno de los episodios más hermosos de la vida de este hombre público es la resistencia que opuso a Rocafuerte cuando la claudicación de éste con Flores. Moncayo siguió al destierro y ésta fué su vida permanentemente; pues que jamás transigió con los desmanes políticos ni con las flaquezas de carácter. Pero, en el destierro o en la patria, su austera entereza era siempre fecunda, así cuando escribía folletos sobre asuntos diversos y de noble trascendencia, como cuando redactaba periódicos para combatir la tiranía, encaminar a la juventud y dirigir a los estudiosos, o como cuando desde la tribuna parlamentaria dejaba oír su verbo elocuente, defensor de la democracia. Moncayo, jefe de la Legación con quien Montalvo se trasladó por primera vez a Europa, fué también el compañero experto del joven García Moreno en las luchas políticas. Retirado, por espontánea voluntad, de su país, vivió muchos años en Chile, lleno del respeto y consideración de las personas más ilustres de ese noble pueblo. En Santiago de Chile falleció en 1888, legando a su ciudad natal los pocos bienes de fortuna que había podido juntar en su vida limpia de ambiciones.

Mucho ha dejado escrito Moncayo, sobre asuntos de diversa índole, manifestando la honrada atención que ponía en todos sus actos y el gran talento de que estaba dotado. Su obra *El Ecuador de 1825 a 1875*, no le daría derecho a ser considerado entre nuestros grandes historiadores, si la historia ha de ser sólo documentación descarnada. Esta obra ha merecido muchas rectificaciones, y con razón, puesto que fué escrita cuando su autor contaba más de ochenta años de edad y estaba completamente ciego. Moncayo tuvo en preparación una historia, pero todos sus papeles fueron destruidos por un incendio en 1881; el

auciano escritor, postrado por una enfermedad incurable, no podía rehacer ese trabajo; a instancias de los amigos escribió la obra mencionada “no es ya la historia, decía Moucayo, porque le falta el tiempo, la salud y los materiales para escribirla”; pero se puede considerar como valiosos recuerdos del hombre público que tomó parte en los acontecimientos y que tenía razón de conocer a los hombres que mencionaba en sus apuntes; además, sus juicios y apreciaciones deben ser respetados, pues que provienen de un hombre íntegro y recto.

En esta clase que llamaríamos de literatura política hay que mencionar dos nombres importantes, los de Pedro Carbo y Benigno Malo. Carbo nació en Guayaquil en 1813 y falleció en la misma ciudad en 1894. Hombre público notable; su criterio de honradez, ecuanimidad y alteza de miras fué considerado en todo tiempo; y en medio de la avalancha de odios políticos con que se tizna y agravia a todo el que sobresale en los puestos públicos, su nombre estuvo rodeado de prestigio y de respeto. En su larga vida de patricio y con todo de militar en el campo contrario al partido dominante en la República, representó con la más inmaculada integridad al liberalismo ecuatoriano y sus enemigos acataron sus virtudes. Carbo debió ser Presidente de la República; pero acaso mejor que no lo fuera, porque así nos queda solamente el recuerdo de su obra personal y de su comportamiento siempre dignísimo. Además del ejemplo de su vida, en el parlamento y en los diferentes puestos que desempeñó, dejó huella imborrable de su carácter recto y bondadoso; y por si esto no fuera bastante, escribió para el público, sin pretensiones de literato, pero con gran acierto de criterio. Entre otras varias obras hay que recordar *La vida de Benjamín Franklin*, *La cuestión de libros y otras relacionadas con ella*, *Declaración de los Derechos del hombre*, *Memorias sobre las bibliotecas públicas, populares circulantes y escolares de Europa y América* y otras más. En una selección de libros que tuviera un fin pedagógico-social, las obras de este gran repúblico tendrían cabida preferente.

Hombre excepcional en la política, por sus virtudes y talento, fué también el Dr. Malo, nacido en Cuenca,

(1807-1870). En todos los puestos que ocupó dejó el recuerdo de su talento y la comprobación de su virtud. Le tocó intervenir en la política en los días más tormentosos para el Ecuador; pero salió siempre ileso de todas las negras revueltas. En sus escritos se declara partidario de las naciones fuertes, que pueden hacer sentir su poder y respetar su autonomía; en la luminosa síntesis política que hizo en 1857 acerca de las repúblicas americanas de habla española, aconsejaba la confederación de los pueblos como la mejor garantía de independencia y libertad y creía que el más seguro método democrático sería el que reuniera a los ciudadanos alrededor de principios políticos, poniendo a un lado los partidos personalistas. Como escritor ha dejado el Dr. Malo buenas muestras de su estilo nervioso y restringido en epítetos: el artículo necrológico que escribió acerca del General Flores tiene la perspectiva justiciera que no era de esperarse en un contemporáneo de aquel hombre público.

La literatura propiamente dicha no encontró un florecimiento visible durante los primeros años de la República, era época de formación en la que los mayores ingenios estaban ocupados, y con razón, en las cuestiones políticas; además, estos primeros años no fueron de tranquilidad y no había el tiempo necesario para destinar a la desinteresada consideración estética. Todavía más, los poetas, confinados en el difícil país de la lira épica, en el que se rendía culto a los cantos de Olmedo, apenas si se atrevían a entonar atropelladas alabanzas a los héroes, desconcertados con la supremacía indudable del cantor de Bolívar.

En naciones mejor organizadas se ha notado que los cambios políticos o son el producto de las revoluciones intelectuales o contribuyen para ellas; en nuestra historia literaria no se observa esto; pero sí ha podido verse cómo el momento de paz que ha seguido a una transformación política ha sido aprovechada para averiguar lo que ha sucedido en el mundo y continuar aunque tardíamente el curso de las ideas; y las nuevas generaciones que siguen a las épocas de convulsión, sea cualquiera el partido político al que pertenezcan, son de hecho revolucionarias en literatura, porque no quieren pensar como las anteriores.

Por el tiempo que alcanza nuestra reseña literaria, el romanticismo había cambiado por completo los procedimientos literarios en Europa; las teorías filosóficas que tienen parte preponderante en las teorías artísticas modificaron el pensamiento de la intelectualidad; el mal siglo, el mal de René, atacó por contagio a todos los jóvenes; con Lamartine se había llegado a las armonías melancólicas, sonoras y morosas; con Víctor Hugo sonó todo el estrépito revolucionario: ser romántico es ser liberal, decía Hugo. Y luego Byron, Heine, Musset; y sobre todo ésto el triunfo romántico obtenido en España con Larra, Espronceda y Zorrilla, hizo que se desparramara por América con toda presteza el nuevo movimiento literario. Acabábamos de salir de la guerra con España, el león ibérico era el monstruo sangriento; pero, como nunca, se pudo comprender en esa época que América era una prolongación de España; y así, aunque de una manera intermitente, el movimiento literario español refluía y llegaba en ondas causadas al nuevo Continente.

El romanticismo no fué tomado en América como doctrina estética; se imitaron solamente las diferentes modalidades y caracterizaciones: la modificación exterior retórica, el idealismo cristiano, la regresión a los tiempos idos, la trizteza, el dolor, el falso escepticismo. Arte de imitación tiene que ser el nuestro por mucho tiempo y como toda imitación será desgarbada y sin aliño; pero cuando la corriente encuentra dotes y condiciones, como que se detiene y hace un remanso: la personalidad artística no es sino condición del talento individual.

En 1845 se efectuó en el Ecuador la primera transformación política verdaderamente razonada y popular. Es de creer que ya antes se había dado modos el romanticismo para hacer apariciones pasajeras en esta tierra; hemos visto que el mismo Olmedo recibió la influencia de Hugo para su mejor soneto. Después de 1845 es de suponer que la influencia fuera mayor.

Y en verdad las figuras románticas se suceden desde este tiempo y aunque la literatura no tenga firmeza metódica, el influjo es evidente y visible. Y suceso simpático; el primer poeta de la nueva escuela es una mujer, cuya

figura pasa por nuestra historia literaria llena de melancolía y de misterio. Dolores Veintimilla de Galindo nació en Quito, en 1829; pertenecía a la buena sociedad de la capital, en la que la cultura social y cortesana tiene refinamiento y carácter. La señora Veintimilla no pudo adquirir otra preparación que sus dotes naturales, la afición literaria, el pulimento de los salones y las lecturas. Es de creer que el romanticismo del ambiente hacía ya estragos, sin contar con que hay almas soñadoras predispuestas para el dolor: la ambición no satisfecha es una melancolía enfermiza. Las primeras composiciones de esta hermosa mujer, que murió atormentada por el ambiente, fueron para consignar sus confidencias y recuerdos: su fantasía era ardorosa y desbordante. No son estas páginas las que le harán vivir en la memoria de los ecuatorianos; son dos o tres composiciones poéticas que escribió cuando más tarde fué herida por la crueldad del amor y cuando la valentía de sus pensamientos le convirtió en un ser extraño, afectado, chocante para las almas timoratas, para la buena sociedad sencilla y creyente de ese tiempo. Mujer que no guardaba la hipócrita compostura exigida por toda sociedad incipiente, debía ser atacada y calumniada; la poetisa para contestar a los agravios, tomó su pluma que creyó sería un arma, cuando no era si no una fuente de lágrimas: abrió su corazón y quiso con él convencer a sus enemigos, y no lo logró, pero sus acentos han llegado a conmover a las generaciones posteriores. Es indudable la influencia literaria romántica; acaso para el artículo en defensa de un condenado a muerte contribuyó la obra similar de Víctor Hugo, y, tal vez, para su actitud ante la sociedad, contribuyeron las novelas de teorías socialistas y de reivindicaciones de derechos del amor y de la mujer, de Jorge Sand; y sin tal vez su muerte fué causada por el mal del siglo. Esta bella mujer se quitó la vida en mayo de 1857; murió románticamente, dando cita al amor; se mató vistiéndose de gala y condenando al fuego los versos hijos de su fantasía y de su corazón. Sin embargo han quedado unas pocas composiciones por las que se puede sentir el fuego de su alma, el vuelo de su fantasía y la sinceridad de su dolor: se forjó la idea de una vida, no

correspondió la realidad y la desilusión fué irremediable, al no encontrar la dicha aún cuando sea mentida, como ella reclamaba. (3)

En 1851 se celebraba en Quito una velada literaria en conmemoración de uno de los aniversarios de la transformación política del año 45. Los discursos y las poesías patrióticas atronaban en el ambiente, cuando se presentó en la tribuna un joven de diez y ocho años, muy conocido en la sociedad, pues que pertenecía a distinguida familia y era hijo de un benemérito patriota, a quien se

(3) De las pocas composiciones que se han salvado de esta poetisa, dos o tres merecen perdurar. De alguna hemos dicho en otra ocasión que no debe considerarse como de la señora Veintimilla; pues que se trata de un *pastiche*, forjado, seguramente, después de su muerte. Reproduzcamos una, la que más puede contribuir a descubrirnos la vehemencia y exaltación de su espíritu, contenido por los miramientos de la época. candorosos hasta la hipocresía:

A MIS ENEMIGOS

¿Qué os hice yo, mujer desventurada,
Que en mi rostro, traidores, escupís
De la infame calumnia la ponzoña
Y así matais mi alma juvenil?

¿Qué sombra os puede hacer una insensata
Que arroja de los vientos al confín
Los lamentos de su alma atribulada
Y el llanto de sus ojos lay de mí!

¿Envidiais, envidiais que sus aromas
Les dé a las brisas mansas el jazmín?
¿Envidiais que los pájaros canten
Sus himnos cuando el sol viene a lucir?

No! no os burleis de mí, sino del Cielo....
Que, al hacerme tan triste e infelíz,
Me dió para endulzar mi desventura
De ardiente inspiración rayo gentil.

¿Por qué, por qué queréis que yo sofoque
Lo que mi pensamiento osa vivir?
¿Por qué matais para la dicha mi alma?
¿Por qué ¡cobardes! a traición me herís?

No dan respeto la mujer, la esposa,
La madre amante a vuestra lengua vil....
Me marcais con el sello de la impura...
¡Ay! nada! nada! respetáis en mí!

había dado muerte, alevosamente, en una de las revoluciones contra Flores: era el poeta Julio Zaldumbide. Quizá la concurrencia esperaba oír frases de admonición, cuando Zaldumbide leyó sencillamente un canto a la Música: la serenidad de la frase, la armonía del verso y una cierta novedad de buen tono que se desprendía de toda la composición, hicieron que se le aplaudiera frenéticamente por el público, entusiasmado momentos antes por la literatura patriótica. El literato, Miguel Riofrío, muy respetado en ese tiempo, y el cual presidía esa reunión, coronó a Zaldumbide. Riofrío, poeta de filiación romántica, quien ensayó primero el cultivo de la leyenda local, fué un literato de valía, pero al que mató en ciertos la política. Entre sus actos literarios, esta coronación le enaltece; pues que con ella reconoció un mérito y trazó a la juventud un ejemplo.

Zaldumbide, un ingenio sumamente cultivado y artista, llegó a dominar muchas lenguas extranjeras y leyó en ellas los originales de los autores célebres, poniendo particular atención en aquellos que, como Byron, tenían cierta analogía de temperamento. Chateaubriand decía que Byron había imitado a René, cuando la duda, la rebeldía y el dolor tormentoso fueron propios del alma del poeta inglés. Zaldumbide tampoco imitó a Byron ni a los poetas románticos, era hombre de su tiempo y llevaba en el espíritu el amor a la soledad, a la meditación reposada y grave de todos los problemas abstrusos de la existencia que producen el dolor de pensar y de vivir. Fué un gran señor de las letras, que huyó del renombre populachero. Gustaba encerrarse en la torre de marfil y vivir en la contemplación de la naturaleza avizorando las angustias del alma. A este poeta convendría la calificación de lírico platónico y soñador, por sus versos que tienen la amarga tristeza de una vida que ha sido más pensada que vivida; y es también por ello que se le ha llamado el poeta filósofo. Y lo es en efecto cuando contempla la naturaleza y halla en el paisaje el estado de alma que rima con sus propios sentimientos; cuando cavila desesperado acerca de la vida y de la muerte y en estrofa desolada dice:

*¿Qué es morir? ¿Qué es la muerte?—Oscura nada
triste aniquilación, dice el aleo.
¿Todo ser en la tumba se anonada?
error! funesto error!! yo en ti no creo.*

.....

*¿A qué este don de penas y quebranto?
¿a qué darnos la vida, conducirnos
por un desierto de dolor y llanto
y para siempre, al cabo, destruirnos?*

.....

*¿Y a dónde va quien deja nuestro mundo?
¿a dónde el que en tu sombra, Muerte, escondes?
Jamás a esta pregunta, tú, profundo
silencio de la tumba, me respondes.*

Zaldumbide, se puede decir, que abre el ciclo romántico de nuestra poesía, sin embargo del antecedente de la poesía de la Sra. Veintimilla, porque pertenece a la época, porque bebió en los manantiales de los maestros, por la expresión angustiada, aunque la estrofa tersa, cuidada y serena, es de factura enteramente clásica, de los mejores versos del siglo de oro de la poesía castellana. (4)

(4) Como pocas veces la revolución de 1845 fué fecunda en entusiasmos. La exasperación contra los soldados de Flores y contra Flores mismo había llegado al colmo. Fué un caso de amor propio nacional el de derrotar a los soldados considerados ya como extranjeros. En vano el adalid negro hizo prodigios de valor: por primera vez Otamendi, el famoso lancero de las guerras de la Independencia, volteó caras al enemigo y huyó dejando el sombrero como trofeo de victoria. Pero la gloria era costosa y el sacrificio muy grande; la flor y nata de la juventud guayaquileña iba quedando en los combates que se repetían a diario en los campos de la Elvira. Flores acudió desde la capital, mas, si dió un pequeño tonificante a su ejército, tras de él iba levantándose la llamarada de la revolución. Sin embargo, el triunfo no fué definitivo ni completo; pues que los combatientes celebraron tratados y sólo en virtud de ellos Flores salió al exterior y todavía con pensión del Estado.

Pero fué inmenso el despertar de esperanzas, y para marcar la fecha como un verdadero acontecimiento que era, el historiador Cevallos cerró su Resumen

El movimiento revolucionario de 1845, si bien necesario y útil para el desarrollo político, no debe ser considerado sino como principio de una serie de revoluciones que ha durado hasta hace poco. No ha tenido el Ecuador época más tormentosa que aquella que se normalizó en 1860 por el poder de toda la República, mantenido y guiado por García Moreno. Y en medio de la guerra, el espíritu encuentra poco espacio para su cultivo; sin embargo parece que un romanticismo quejumbroso y falso hacía estragos en la juventud, y siguió haciendo en mayor escala con el ejemplo de un vate español que recorría América por ese tiempo: el romanticismo de Fernando Velarde, por agradable exageración que fuera, tenía que hacer estragos. Por eso, el joven García Moreno, conductor de multitudes ya, decía a la juventud, desde las aulas universitarias, como debía observarse una libertad literaria que hiciera posible el acomodamiento de las viejas reglas a las adquisiciones retóricas de la nueva escuela. Por cierto que García Moreno mismo no hizo uso de la receta ecléctica; pues que su cultura fué esencialmente

el 5 de Marzo de 1845. Ya hemos visto como Zaldumbide se presentó por primera vez al público con igual ocasión. También D. Bartolomé Donoso, el continuador de Ascaray, terminó la serie cronológica de los obispos de Quito en este año del 45. Donoso fué un estudioso y paciente compilador de datos históricos, y sus labores se dirigieron utilmente con ocasión de haber encontrado un cuaderno escrito por el escribano Juan Ascaray en el que se habían consignado apuntamientos relativos a los obispos de Quito hasta el año 1779. Donoso copió las noticias dadas por el escribano, corrigió, añadió y continuó hasta la época moderna. Para el tiempo colonial consultó a Garcilazo y el P. Velasco; para el de la revolución a Torero y Torrente, consultando además los manuscritos que corrían entonces, como el «Viaje Imaginario». Más preciso y más importante por la sobriedad de criterio y la documentación, es lo que escribe refiriéndose a la historia de la República. Por desgracia esta publicación que tanto debía servir para el estudio de nuestra historia se halla desperdigada en antiguas series, difíciles de consultar, de los Anales de la Universidad Central; y aún parece que la publicación quedó incompleta.

No como un efecto de la revolución, pero en el mismo año, el 1º de Enero, de 1845, se publicó en Quito, en la imprenta del Gobierno, un tomito en 8º menor de 94 páginas titulado «Ensayos Poéticos de Dionizio Terrasa y Rejón». El libro se abre con una advertencia que nos muestra el autor como un hombre ilustrado y erudito, el cual trataba de corregir los defectos literarios de la época; aunque en verdad el autor no es un poeta, contentándose con improvisar con cierta facilidad y gracia. En el soneto con que se abre el libro declara que el nombre puesto en la portada no es más que un seudónimo, tras del cual creemos reconocer al fecundo y travieso guatemalteco Irisarri, quien con estos Ensayos lanzaba el dardo del parto contra los liberales ecuatorianos que pronto iban a triunfar.

clásica y férrea, y clásica y férrea su manera de escribir y de mandar. García Moreno, este hombre excepcional, con grandes virtudes y enormes defectos, ha dejado en el Ecuador su huella poderosa, impresa como la garra de un león. Es una figura altanera que llena toda una época y tiene la trágica grandeza de los hombres que en la historia están señalados por haber llevado una tempestad en el corazón. Constante desde su juventud en el amor a la patria, combatió a los gobiernos que en su concepto desvirtuaban la idea democrática. Grande, impetuoso, enérgico e inteligente quiso contener con mano vigorosa los males que aquejaban a la patria; cuando gobernante se impuso por el terror, derramó sangre con crueldad, trató de convertir la República en una teocracia imposible para la época; pero buscó también afanosamente la paz, la prosperidad y el progreso para esta tierra; multiplicó las escuelas; trajo de Europa sabios que enseñaron las ciencias; abrió caminos; levantó edificios y persiguió a los viciosos y faltos de houradez. Tenía condiciones para sobresalir en muchas cosas; cultivó las ciencias tanto como la literatura; pero, sobre todo, ejercitó el arte de gobernar y durante el tiempo que tuvo a la República sometida a su inteligente, aunque terrorífico despotismo, compuso muchos escritos políticos en los que campean su doctrina y su estilo dominador.

Datan de la juventud de García Moreno la mayor parte de sus poesías; pues que los sonetos que escribiera contra Montalvo en respuesta a las clarinadas del *Cosmopolita*, no tienen la importancia que las sátiras de la primera época. En 1853 se publica una mala composición satírica contra el General Urbina, que se llega a atribuir a García Moreno: éste se irrita, no de que se le dé la paternidad de una composición contra el gobernante, sino de que se le crea autor de malos versos; así, pues, quiere mostrar su obra y escribe su epístola a Fabio y le remite a Urbina, en audaz desafío. La sátira es el género apropiado para su temperamento combativo; con ella provoca, hiere, maltrata, pues no evita la palabra mal sonante ni aún el insulto. De García Moreno puede decirse lo que de Barbier dijo Menéndez y Pelayo, que había le-

vantado la sátira hasta las cumbres de la indignación política. (5)

En la Epístola a Fabio tuvo un presentimiento de su destino, pues que este célebre hombre que nació en Guayaquil en 1821, murió asesinado en el atrio del Palacio Nacional de Quito, el 6 de agosto de 1875. Entre los asesi-

(5) Esta sátira es una de las más características del grande hombre:

SATIRA

Fragmentos

No más callar: quien calla y no se indigna
De tanta corrupción y alevosía,
En el triunfo del vicio se resigna.

.....
¡Débil humanidad, quién te comprende
Cuando el honor y la virtud olvidas
Y llama impura en tus entrañas prende!

Grandes pasiones en el alma aúidas:
Sofocadas, tu espíritu es inerte;
Y de infamia se cubren, corrompidas.

¿Qué eres tú sin honor?—vileza y muerte.
¿Qué eres tú sin virtud?—árbol del crimen
Que sangre en torno de su tronco vierte.

¡Alerta, pueblo; los virtuosos gimen
Sin poder ampararte en su retiro;
Los malvados, los pérfidos te oprimen.

El hado adverso niégate respiro,
Y de abismo en abismo te sepulta,
De ladrones.... silencio.....yo deliro.

Incauta Musa, la verdad insulta:
Si no sabes mentir al poderoso,
Cállate, o cárcel sufrirás, y multa.

Deja al ladrón robar: al insidioso,
Déjale urdir risueño sus traiciones,
Y asesinar con ósculo amistoso.

Deja que el pobre arrastre sus prisiones
Por desvalido, en tanto que el delito
Carga ufano divisas y galones.

.....
Déjalos, sí, cargados de desprecio
Y del odio del público indignado,
Que los maldice y los castiga recio.

¡Prudencia, Musa! ¿acaso a tí se ha dado
El orden todo trastornar del mundo
Y transformar los seres a tu agrado?

nos estaban jóvenes románticos llenos del ejemplo de los héroes de Plutarco, quienes buscaban sacrificar al tirano, como ellos lo llamaban, en aras de la libertad.

En frente de este enorme poder político se levanta una verdadera cumbre literaria, glorioso pedestal del escritor que con más encarnizamiento combatió el despotis-

¿Harás tú aborrecer al cuervo inmundo
El corrompido fétido alimento;
O domeñar al *pímac* iracundo?

Quién logrará que en la región del viento
Se remonte veloz el elefante,
Del cóndor imitando el ardimiento?

¿Ni quién hará que *Rábula* ignorante
Licurgo sea, o *Payo* el trapacero
En Catón se convierta en adelante?

Cállate, pues; que tu sermón severo,
Sin corregir el vicio, te prepara
Turbión de males, que evitarte quiero.

Y si el diablo te mueve a alzar la vara,
Huye, maldita, al Pindo o al Parnaso,
Y allá sin riesgo la verdad declara.

No te puedo ofrecer el buen Pegaso
Para que el viaje sin tardanza emprendas,
Por ser muy viejo, y flaco y de mal paso;

Pero mulos tendrás, con tal que aprendas
La brida a manejar y el acicate,
Y abandones políticas contiendas.

Vete a la Convención, en donde abate
Soberbio el vicio a la virtud vencida;
Donde el error a la razón combate;

Do la ignorancia triunfa envanecida
Sobre el pequeño número que en vano
Cubre a la Patria con su rota egida.

Mira a la diestra, a la siniestra mano,
Mulos de toda edad, de toda raza,
Cual magro, cual rollizo y cual enano.

.....

No sigue al ciervo tan ligero el galgo,
Como éstos siguen al que diestro ofrece
por medio de una renta hacerlos algo.

Diles que Apolo mulos apetece,
Del Pegaso cansado y de carruaje;
Y que pródigo a todos enriquece,

Acaso, Musa, tu veraz lenguaje
Mentido y falso supondrán, temiendo
Pobreza hallar al término del viaje;

mo de García Moreno: “mi pluma le mató”, dijo Montalvo, y era la verdad.

Gloria literaria más grande, más firme, más duradera que ninguna otra es la de este soberano de la pluma. Don Juan, así, don Juan, porque le corresponde este título de honor y de nobleza, don Juan Montalvo nació en Ambato en 1832, y murió en París en 1889. Tan corto espacio de tiempo le bastó para llenar toda su época y para dejar un renombre imperecedero. Montalvo es el literato de más valía y para los ecuatorianos tiene además el mérito de su hombría de bien ciudadana y de su típico orgullo en contra de las tiranías. Autor de ensayos y autor de panfletos, en todo caso escritor insigne y patriota abnegado.

Por uno de esos raros aciertos gubernativos, Montalvo fué enviado a Europa muy joven: en el viejo Continente lo vió todo, lo avizoró todo y recibió ansioso las mil enseñanzas que se desprendían de esa vieja civilización. Con todo el romanticismo de su juventud vibrante se llegó tembloroso al astro lírico que estaba en el ocaso, Lamarti-

Tal vez rehuseu alquilarse, viendo
Que Apolo no reparte coronjías
Y paga con laurel, si está debiendo:

Bien, no importa que sigan sus manías,
Que cerca está *Pollino* enalbardado:
Tómalo, y monta luego, y no te rías.

Parte, parte, que ya oigo amedrentado
Tronar la Convención, como si fuese
De suegras y de yernos altercado.

¡Oh si mi patria abandonar pudiese;
Y, en apartado clima, oscuro asilo
Po vivir ignorado se me diese!

¡Donde de acero fratricida el filo
No amenazase cruel mi edad lozana,
Donde latiese el corazón tranquilo,

Y no esperase con pavor mañana!
Allá no oyera la fatal tormenta,
Rugiendo sorda y preparando insana.

Terrible asolación, ruina violenta
A mi suelo infeliz, salido apenas
De los horrores de la lid sangrienta;

Allá mis horas volarían serenas
En dulce paz, en plácido retiro;
Y allá libre de bárbaras cadenas,
Contento dieva mi postrer suspiro.

ne, y, ante el desvío de sus conterráneos, le pidió abandonar Francia y se trasladara al Ecuador: exageración irrealizable, pero culto de joven bárbaro que llegó al alma del poeta entristecido. Se asimiló tanto a la cultura francesa, que escribió en francés y pensó dedicar sus dotes de literato a esa lengua; no lo hizo, por fortuna para nosotros. Montalvo regresó al Ecuador a principios de 1860, cuando el país se hallaba más revuelto. Por ese tiempo la figura de García Moreno tomaba proporciones y se diseñaba ya con la grandeza equívoca que tanto dará que hacer a la historia imparcial. El primer acto de presencia de Montalvo fué la carta que dirigió a García Moreno vencedor: "La patria necesita de rehabilitación, decía, y usted señor García la necesita también". Era la voz de un desconocido en la política y no se la oyó. Vino luego la primera administración del grande hombre, con todas las extremas severidades que juzgaba necesarias para restablecer el orden, y no se escuchó la voz de la prensa libre. Como planta raquílica siguió cultivándose la literatura, y apreciable muestra es "El Iris", revista publicada a iniciativa de los literatos colombianos Pereira, Peña y Barrera: en ella colaboraron los hombres de más valía de ese tiempo, Cevallos, Zaldumbide, Mera, Espinosa y escribió también Montalvo un artículo. El impulso literario de esta revista, fundada en julio de 1861, fué el principio de una reacción que se ha llamado neoclásica. Montalvo, en la efervescencia de su juventud turbulenta y batalladora, no podía contentarse con escribir artículos meramente literarios; falto de libertad, calló.

Terminado el período de García Moreno, Montalvo se lanzó a la palestra, con todo el ardor contenido; hizo un llamamiento al espíritu público, quiso deslumbrarle con su frase que traía acentos nuevos a nuestra literatura, y consiguió galvanizar en efecto la situación pública. Escribió sobre viajes; dijo de las virtudes de los hombres ilustres; recordó las páginas gloriosas de la historia del mundo y escribió, sobre todo, contra los déspotas y el despotismo: fué una propaganda de política activa y denodada, como nunca se ha visto. Los enemigos le salieron al frente a millares: unos atacaron su literatura, otros su

ortodoxia y otros sus teorías políticas; García Moreno mismo entró al paleuque de la prensa.

Vuelto de Francia Montalvo, su cultura desde el principio clásica, se completó con el estudio de los autores del siglo de oro español, del que sacó un estilo propio, castizo, sonoro y lleno de nervio y de color, que sorprendió a los literatos de América y que fué el verdadero tormento de sus enemigos. García Moreno volvió al poder y Montalvo salió al destierro; pero el hombre se había encontrado ya, el escritor estaba formado y el polemista formidable no podía ser destruído por los tiranos. Sus obras políticas continuaron saliendo con estruendo y claridad de rayo: García Moreno cayó aniquilado bajo su pluma, como cayeron después otros tiranuelos de menor cuantía. Además de la admirable obra política, sellada con su prosa inimitable, está la obra literaria, enorme, sugerente, gloriosa. *Los Siete tratados* son magníficos ensayos de un discípulo de Montaigne, en los que el hilo del discurso apenas puede verse entre la florida y copiosa divagación pintoresca y erudita, en que los héroes de la antigüedad clásica se dan la mano con las más bellas descripciones modernas, todo escrito con giros del idioma, coloridos y vivaces. Un señor Pérez y Soto escribió tres tomos para analizar los *Tratados*: fárrago fastidioso y cansado. La obra de Montalvo llegó a muchas partes del mundo; escritores famosos le felicitaron; la Curia de su país condenó la obra. Con qué fruición se seguirá leyendo siempre el *Tratado de la belleza*, obra, más que escrita, pintada, según dijo Vásquez y en la que se hace la más admirable apología de la mujer, o el de los *Héroes de la emancipación americana* o el inmortal *Buscapié!* *Los capítulos que se le olvidaron a Cervantes* son, en efecto, imitación de un libro inimitable; pero, ¡qué estilo! *El Espectador* tuvo la intención pedagógica de los libros destinados a enseñar y dar ejemplo. Después de muerto Montalvo se ha publicado la *Geometría Moral* en que se hace la pintura de un Juan de Flor, teñorio de nueva y extraña interpretación. Quedan otras obras por publicarse y una colección de dramas importantes, sobre todo, por el pensamiento que los informa. Y no debemos olvidarnos de

esos terribles folletos de discusión agria y acerba, en que el primor de la forma no es suficiente para esconder la cantidad de hiel puesta en ellos, acaso de una manera exagerada. *Las Catilinarias* clavaron en la picota al Presidente Veintimilla; con *La Mercurial Eclesiástica* ridiculizó al Arzobispo de Quito, quien tuvo la troglodítica inocencia de condenar los *Siete Tratados*. (6)

Como después de haber hablado de Olmedo, en seguida de escribir sobre Montalvo, hay que poner puntos y rayas de separación para continuar con los demás escritores de este tiempo. Montalvo es una cumbre a la que difícilmente se podrá llegar; hizo bien Rodó en con-

(6) El verdadero héroe epónimo del Ecuador es Montalvo. También su gloria va creciendo conforme pasan los años. Su figura toma las proporciones de leyenda, y ello nos sirve admirablemente; pues que la resonancia que alcanza a obtener el Ecuador en el extranjero debe a la soberanía de la pluma de este escritor. Lo curioso es que ni las obras ni el estilo de Montalvo han envejecido; ambos tienen actualidad viva, que si no provocan polémicas, causan juicios más o menos apasionados, aunque favorables todos. Después del notable estudio de Rodó y de los otros publicados por Blanco Fombona, Alfonso Reyes y García Calderón, para no citar sino los principales, Gonzalo Zaldumbide ha emprendido en París en la publicación de las obras completas de Montalvo, que son esperadas en América con la mayor avidez, y los literatos que se encuentran en la Ciudad Luz han colocado en la casa de la calle Cadinet en que murió Montalvo una placa para recordar aquel acontecimiento. A la reunión de literatos y hombres públicos que tuvo lugar con este motivo, asistió también Du, Miguel de Unamuno, el polemista y desterrado español, quien, además de pronunciar un discurso en esa ocasión, ha escrito el prólogo a la nueva edición de *Las Catilinarias*. Hay que hacer algunas anotaciones a la manera como Unamuno aprecia esta terrible obra de Montalvo. Manifiesta que el escritor ecuatoriano "sintió acaso en exceso la voluptuosidad de la lengua. Y de una lengua artificiosa y de énfasis castellano". No le sigue en los escarceos filológicos a que era tan dado el *Cosmopolita* y en contra del sentir de la mayor parte de los escritores que han juzgado a Montalvo, encuentra que el cervantismo de éste es no poco pueril. En cambio al leer las *Catilinarias*, Unamuno se encontró con él mismo, creyó releer su propia obra, si Unamuno pudiera tener igual o parecido estilo. "Iba buscando los insultos tajantes y sangrantes. Los insultos; si ¡los insultos! los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo".

Vieja acusación es la de tachar de arcaico el estilo de Montalvo. Rodó dijo que era de una artificiosidad preciosa. En todo caso es actual y los mejores escritores españoles de ahora, cuando encuentran un punto de comparación van con la crítica hasta el estilo de Montalvo. Hace pocos días Blanco Fombona juzgaba una última obra de Pérez de Ayala de quien decía: "Su prosa, recargada de incisos y de adornos, resulta a ocasiones tan barroca, pomposa y afectada como la de Juan Montalvo, no es transparente y sobria como la de Anatole France. Es un alejandrino, no un ateniense ¡Su arquitectura no es de orden dórico!" I sin embargo, nadie podrá negar que Pérez de Ayala, es además de ensayista notable, el primer prosador de la España contemporánea. Esta perennidad de Montalvo no es sólo porque compuso para su uso particularísimo un estilo elegante, bebido en las puras fuentes españolas, sino porque en todos sus escritos puso su carne y su sangre, sus pasiones y su alma.

tarle entre las fuerzas espirituales que contribuirán para el triunfo de los pueblos americanos de habla española.

Literato de renombre y de mucha consideración es sin embargo otro ambateño, Juan León Mera. Verdadero maestro de Juventudes, las letras ecuatorianas le deben la gran cantidad de enseñanza, que se desprendió de su vida y que buscó con sus obras. A la luz de los destellos de la primera creencia colectiva que se formaba en el pueblo ecuatoriano hizo los ensayos de nacionalizar la literatura, aunque con ello no consiguiera sino sentar las bases de una tradición necesaria para que más tarde se formase una escuela estable. Los primeros pasos de este fecundo escritor los ejerció en la poesía, escribiendo y publicando en su florida juventud composiciones en que se querían resucitar los ecos muertos de la antigua civilización aborigen, a imitación de los románticos españoles que cantaban a los moros de Granada y de Sevilla. Pero si Mera tenía una alma de poeta, pocas veces encontró para sus versos el arte del sentimiento; tal vez para ello hubo la razón de que sobre todo fué un crítico en quien el razonamiento mataba la espontaneidad. Si a los veintiséis años había publicado la primera colección de poesías, dos lustros después hacía aparecer la *Ojeada histórico-crítica sobre la poesía ecuatoriana*, obra de aliento y de labor fecunda, que valió a su autor muchos sinsabores: *genuus irritabile vatum*; los poetas criticados hicieron cruda guerra a Mera por mucho tiempo. Hay que confesar que si la crítica no abría los horizontes que necesitaba la juventud, ni tenía la amplitud necesaria para reflejar el pensamiento literario de la época en el mundo, la obra ejerció un saludable influjo por la misma reacción que ocasionó en los escritores que se sintieron dóciles para el consejo o superiores a la observación. *La Ojeada* es el primer intento de verdadera crítica y Cordero el mejor resultado obtenido con ella. La crítica, razonadora y comprensiva, sentaba las bases de la admiración pública y si no abría horizontes, como hemos dicho, dejaba adivinar los diferentes caminos que podían seguirse. La primera reacción que produjo esta crítica, puede afirmarse que la tuvo el mismo autor: el poeta de las *Melodías Indígenas*

y de la *Virgen del Sol*, a medias romántico, se dirigía entonces francamente por los campos del más severo clasicismo, aunque de la primera época le quedara el plausible afán, buscado hasta ahora, de nacionalizar la literatura. Para ello, su gran talento, ensayó en los diversos géneros literarios y entró con paso firme y resuelto en la novela, ancho campo que puede resumir todas las tendencias. En 1871 publicó *Cumandá* y en seguida varias novelitas y cuentos de gran colorido local. *Cumandá* es la gloria más alta y evidente de este escritor benemérito; si en la concepción hay la influencia innegable de Chateaubriand, el fondo del cuadro, el ambiente, son propios del autor y son nuestros de manera inconfundible. *Cumandá* es la pintura de la naturaleza americana y el verdadero descubrimiento de nuestras selvas orientales; cuando se lee esta novela, eglógica y bastante artificial en la pintura de caracteres, lo que se admira y se seguirá admirando, es la descripción del paisaje, las páginas magníficas que se refieren al caudaloso Chambo, al pintoresco pueblecillo de Baños, a la catarata del Agoyán, a la línea enormemente azul de la montaña que se pierde en el horizonte; vale por las costumbres que pinta, aunque los personajes hayan perdido la grosería primitiva que debía serles peculiar. *Cumandá* es la llamada más hermosa y más bien lograda al arte nacional, que se inspira en motivos propios; ya vendrá el que vea la poesía de lo real, de lo deforme y de lo grotesco, como quería Hugo, que en este caso es la barbarie salyaje, la montaña llena de precipicios, de indios feroces y de animales bravíos. Mera nació en Ambato en 1832 y murió en 1894. Ha dejado escritas muchas obras más, sobre todo de carácter histórico.

Ambato ha sido fecunda en hombres ilustres. Después de Montalvo y Mera hay que citar a Pedro Fermín Cevallos, nacido en 1812. Contrariamente a lo que por lo general ha sucedido en el Ecuador, Cevallos, antes de ser escritor, se sintió político, y acaso, circunstancias de la vida política, fueron las que le impulsaron a emprender en el estudio de los asuntos históricos de su patria. Mera nos ha contado cómo la juventud de Cevallos pasó alegre y confiada hasta que transcurrida la pri-

mera juventud tomó parte en los acontecimientos políticos que por entonces se sucedían y y se contó entre los que podrían llamarse fundadores del partido liberal. Ministro General de Urquina, desde 1851, tuvo parte en los dos actos notables de este gobierno: la manumisión de los esclavos y la expulsión de los jesuitas. Por entonces entró en el campo literario, redactando artículos a la manera de Larra, del célebre autor español a quien tanto se principiaba imitar en América; pero Cevallos lo hizo con admirable comprensión de nuestras costumbres. Por este tiempo publicó el *Cuadro sinóptico de la República del Ecuador*, que fué el motivo y el origen de la Historia que luego iba a escribir: alrededor del trabajo dicho se entabló una polémica que le obligó a reunir documentos y estudiar con más cuidado los hechos, a tal punto de hallarse capacitado para escribir su *Resumen de la Historia del Ecuador*; seguido paso de importancia y de valía que en el Ecuador se daba en este género, para el cual son necesarios carácter, ecuanimidad, inteligencia y estudio. Desengaños de la vida pública llevaron a Cevallos al retiro del hogar en 1858 y se dedicó a perfeccionar su obra que con grandes dificultades se comenzó a publicar en Lima en 1870. Como se ve, la obra no fué el producto de una permanente consagración a la historia, y por ello, aunque fundamental para el estudio, adolece de ciertas deficiencias, anotadas ya; pero en todo caso, la *Historia* es una prueba manifiesta de la rectitud de su autor, que prescindió en absoluto de servir intereses de ningún partido, sin embargo de llegar en su narración a los sucesos contemporáneos a su actuación política o a la del círculo al que pertenecía. Dos trabajos más publicó, además de su obra principal: *El Breve Catálogo de errores*, destinado a propender al estudio del idioma y las *Biografías de ecuatorianos ilustres*, publicadas en una revista de entonces y reproducidas en folleto después. Murió de avanzada edad, ciego y debilitada ya la antigua energía, en 1893.

Pablo Herrera, en realidad, no es un escritor; su estilo se reciente de falta de armonía, por mucho que fuera cuidadoso en la dicción gramatical. Tampoco puede ser

considerado como un crítico, sin embargo de que historió nuestra literatura y escribió acerca de los hombres más notables del Ecuador. Fué un erudito; fué uno de esos hombres beneméritos que van recogiendo pacientemente, recopilando y dando a luz cuantas noticias son indispensables para la historia: labor necesaria, fecunda, laboriosa y humilde que tiene un mérito inmenso y que debe ser apreciada por los escritores con gratitud y cariño. Herrera, quien nació en 1820 y murió en 1896, desempeñó los más altos puestos políticos y administrativos y tuvo tiempo para dedicarse a la investigación curiosa y útil. Las principales obras de Herrera son el *Ensayo sobre la Historia de la literatura ecuatoriana*, los dos tomos de *Antologías de prosistas ecuatorianos* y el folleto dedicado a Olmedo, sin contar otros muchos trabajos de abundante documentación.

José Modesto Espinosa nació en 1833. Figura notable de nuestra política, pero más que como político perdurará su nombre como literato. Perteneció a la generación de Cevallos, Mera y Montalvo; fué contendor de este último y uno de los tratados, el de la *Réplica a un sofista pseudo católico* escribió el ilustre escritor ambateño con motivo de las rectificaciones que Espinosa se creyera en el caso de hacer a ciertas páginas del *Cosmopolita*. Espinosa, polemista lleno de gracia y de donaire y manejador de un estilo castizo y agradable, no podía competir con Montalvo: éste tocó los linderos del genio y Espinosa se mantuvo en estudiado equilibrio, como dice Crespo Toral. La obra polémica, político-religiosa de este escritor fué abundante y eficaz en su tiempo; pero en la literatura encuentra puesto por los artículos de costumbres, escritos en idioma que se llamaba entonces castigado y que eran un curioso trasplante de los artículos de *Fígaro*. Se ha observado ya que a Larra le aconteció que no se le viera en su tiempo sino como costumbrista burlón y no se comprendiera que en este romántico y perfecto afrancesado, por su origen y su educación, había un irónico por antítesis. Larra fué un eceptico que luchó contra la incomprensión del medio, contra la barbarie política y la sequedad del ambiente literario, que si no era retrógrado, estaba paralizado. Los imitado-

res de *Figaro* en América no tuvieron ese pesimismo, no sintieron ninguna angustia, y en sus artículos Espinosa se limitó a esbozar cuadros de costumbres con una leve sonrisa misericordiosa. Este escritor ameno y deleitoso murió en 1916.

Isaac J. Barrera

(*Continuará*)



Notas de actualidad

INAUGURACION de la Sección Argentina en la Biblioteca Nacional de Quito

LA PRENSA

Una Hermosa Fiesta Cultural

*Inauguración de la sección Argentina en la Biblioteca Nacional.--Hermosos y magistrales discursos.--
El pensamiento argentino y el ecuatoriano.--
Un obsequio significativo.*

Hermosa fiesta del espíritu la de la tarde de ayer, en que un público selecto recibió a los augustos embajadores del pensamiento argentino que llegaban, en su visita de galas ideológicas, al corazón de Quito.

En el santuario de la Biblioteca Nacional estuvieron a recibirles el señor Presidente de la República, doctor Ayora, el señor Ministro de Relaciones Exteriores, encargado de la cartera de Instrucción Pública, doctor Viteri Lafronte, el Ministro de lo Interior, señor Moreno, los Excmos. señores Ministros de Chile y de Venezuela, el señor Subsecretario del Ministerio de Guerra, Coronel Chiriboga, el señor Gobernador de la provincia, miembros

de las Academias Española y de la Historia, como el Dr. Luis Felipe Borja, don Celiano Monge, el Subsecretario de Relaciones Exteriores señor Larrea, el señor Vicerrector de la Universidad, doctor Cabeza de Vaca, decanos de otras Facultades, el señor director general de los Normales, miembros de la prensa y otros distinguidos caballeros.

El salón máximo de la Biblioteca presentaba hermoso golpe de vista por la sobria ornamentación y el arreglo de los volúmenes. Allí se admiraban los venerables autógrafos y antiquísimos documentos, desde el año 1553; allí las figuras excelsas de prohombres y luchadores como Espejo, Mejía, Moncayo, Montalvo; allí las joyas del arte, los cuadros valiosísimos coloniales; allí los bustos de mérito, todo bien distribuido y ordenado.

Llegados a la sección argentina, el Exmo. señor Ministro doctor Ricardo Olivera, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de la gran República del Sur, en un bellísimo discurso, hizo la entrega de los ricos volúmenes, enumerando, como Virgilio que evocaba la memoria de Anquises, las antiguas y modernas glorias argentinas, desde el prócer y Déan Funes, hasta Ingenieros, desde Sarmiento y Alberdi y Mitre, hasta Mármol, Andrade, Bunge y cien esclarecidos varones. El desfile erudito y deleitable arraucó nutridos aplausos. Se escucharon en seguida, religiosamente, los aires del marcial Himno Argentino.

El señor doctor Homero Viteri Lafronte en un arranque hermoso de improvisación demostró su vasta cultura, enumeró a muchos magníficos autores argentinos que completaban la embajada espiritual y abundó en ideas felices y oportunas que fueron muy aplaudidas. ¡Lástima que no hayamos podido tomar algunas apuntaciones de su magistral improvisación, que destaca al hombre erudito y familiarizado con los más modernos pensadores del Plata!

Agradeció, también, el doctor Viteri por el arribo de tantos cerebros llenos de luz y de prestigio en América.

A continuación el señor director de la Biblioteca don Cristóbal de Gangotena y Jijón leyó un magnífico discurso, lleno de recuerdos históricos y de selectos pensamientos, agradeciendo, como jefe de la Casa de las Letras, la honrosa

e inolvidable visita de los varones representativos de la Argentina, análoga, en otro orden de cosas, cultural y pacífica, a la de los guerreros máximos, Bolívar y San Martín, que se abrazaron en las playas de Guayaquil, en época memorable, en que se trató de la suerte de América.

Esta fiesta de la inteligencia, en suma, tendrá resonancias duraderas y es de inmensa significación americanista.

Gracias, señor Ministro Argentino, a nombre del pueblo ecuatoriano, por la noble y gentil participación en recibir a la fulgurante caravana que de vuestra patria y de los fomentadores de las bibliotecas populares, arribó a la nuestra.

Al concluir se repartió un elegante folleto: el catálogo de las numerosas obras que integran la Sección Argentina de la Biblioteca Nacional de Quito, inaugurada el 12 de mayo de 1926.

(De *El Comercio*).

DISCURSOS PRONUNCIADOS

El Ministro de la República del Plata, Excmo. Sr. Dr.

Ricardo Oliviera, dijo:

Excmo. señor Presidente de la República,
Excmo. señor Ministro de Relaciones Exteriores,
Señor Director de la Biblioteca Nacional,

Señores:

Esta fiesta de la fraternidad intelectual de dos pueblos, ligados desde el alba de sus nacionalidades por la común elaboración de sus gestas magnas, cobra un significado excepcionalmente valioso con la presencia del Primer Magistrado, de los Excmos. señores Ministros, de

mis colegas del Cuerpo Diplomático, y de tantas otras personalidades, como aquí voy percibiendo con atención avara, para fijarlas en lo mejor de mi memoria. Séame, pues, previo, agradecer sentidamente estos concursos, que trascienden la amistad, y de modo especial la honrosa asistencia del Excmo. señor Presidente.

Ninguna ceremonia oficial más grata a mis aficiones predilectas que ésta, cordialísima, en la cual, con íntima complacencia, tócame ejercitar mi representación Plenipotenciaria, en la silenciosa ciudad de los libros, engalanada para acoger cofrades afines, que llegan de lueñes tierras, con el mensaje afectuoso de una cultura aledaña en los orígenes, en los desenvolvimientos y en la finalidad,

Desde los hontanares patrios, trajo la pequeña caravana, camino que pudo aprender, lo mismo en su leyenda que en su historia. A la vera de la ruta trillada por los héroes, los espíritus de inmortales peregrinos de su raza, habránle anticipado en las etapas, con el acento aún conmovido por la gratitud, cuanto es de cariñosa y de bella, la apacible metrópoli que les aguarda. Vivísimas serían sus descripciones de Quito, cuyos son los blasones del antiguo arte americano, las arquitecturas monumentales, San Francisco, con severidades del Escorial herreresco, la Compañía, suntuosa como el Gesú romano, las tallas y los óleos famosos, el Santiago y el Caspicara.

Fue quizás, entre los primeros, Tomás Guido, diplomático y general, este Grande que la posteridad mantiene tan inseparable de San Martín, como el propio Libertador lo quisiera, los afanes creadores de sus vidas ejemplares. Adelantaríaseles a Puná navegando el río maravillosamente lujurioso, establecida de inmediato la confianza terruñera, habrales ido descorriendo, el enigma pertinaz de la Entrevista.

Cuando enfrentaron en Riobamba, la colina del Combate estupendamente hazafioso, Juan Lavalle, trasmutado en materia imperecedera al temple de su sable invencible, curvara, sin duda, su arrogancia, y de la columna de ideas en marcha paréceme, se desprendieron, para hacerle el homenaje de su vuelo sonoro, los Cóndores de Andrade.

Sobre la falda mansa de la paralela montaña verdeante, en una fila de frailes que en el reclamo melancólico del Angelus, cruzaba el huerto del quieto Convento Franciscano, divisaron reverentes, santamente absorvido en la meditación, a Fray Mamerto Esquiú, espejo y suma de varones evangélicos, aplacado en esa paz recoleta, audina como su cuna, aquel delirio de humildad que moviera su desesperada fuga de las pompas episcopales.

Aproximando al Puente del Machángara, obscurecido para ellos por una visión obsedante de tragedia y de martirio, obligóles la atención, tanto como luego el respeto, la prestancia de un caballero como de cuarenta años, vestido y tocado con cuidado elegante y hasta sobra de perfumes y de joyas. Saludóles, ceremoniosamente Bernardo de Monteagudo, personificación la más alta del verbo expansivo y emancipador de la democracia argentina: bajo ninguna abvocación más prestigiosa cabía iniciarse en la Capital hospitalaria. — Monteagudo, familiar de la aventura y de la adversidad, debió hablar, sin dejo amargo, de su reciente ministerio peruano junto al Protector, y leerles algún capítulo de la Memoria que le ocupaba. Terminada la merienda, hubo de invitarles a pasar la velada, con la flor de las hermosas y de los discretos de aquella sociedad que le mimaba, en el estrado, todavía con fragancias coloniales, de la señora Marquesa de San José, que a través de las generaciones, prolonga su ascendiente de gracia, sobre la ciudad nativa.

Antójaseme sea también Monteagudo, el que condujo la ilustre compañía, hasta el pórtico de este palacio, cogido alternativamente del brazo de los conmlitones insignes, de quienes recibiera y a quienes pasara, la antorcha inextinguible del mito helénico, comentando con Mariano Moreno los editoriales inflamados de «La Gaceta», con Echeverría el *Dogma Socialista*, con Alberdi las *Bases*, con Mitre la oración augusta del jubileo u oyendo deferente al olvidado présaga wilsoniano, su doctrina de la victoria sin derechos, y al Presidente del sufragio libre, el discurso, para siempre célebre, en que abriera gallardamente, sin una resistencia y sin un egoísmo, toda su América a toda la humanidad.

Detrás seguían sin rigideces protocolares, en grupos compuestos por la simpatía, renovando el condiscipulado de las Universidades próceres o la milicia compañera en empresas memorables, copia de los más esclarecidos ingenios de mi pródiga tierra lejana. Barco de Centenera, fiero del bautizo irrevocable y Ruy Díaz de Guzmán, con la altivez de su linaje de adelantados y caciques, flanqueaban respetuosos al Padre Lozano, cargado de cartas anuas. Con las fortunas del Peregrino, Tejada procuraba consolar a Labarden sus soledades del "Paraná, sagrado río". El Déan Funes discurría gravemente con Gorriti, y Juan María Gutiérrez elogiaba a Rafael Obligado. Hernández y Ascázubi hacían cantar a *Santos Vega* y a *Martín Fierro*. Juan Cruz Varela relataba a Mármol su *Dido* interpretada por Casacuberta y Trinidad Guevara. Sarmiento en el centro, venía solo. Miguel Cané, el tercer López, Eugenio Cambacerés, Martín García Merou, Lucio Mansilla, convenían en la última inutilidad del demasiado ambular, con la sentencia del Profundo de la Imitación. Al fondo Carlos Octavio Bunge hablando de *Nuestra América* a José Ingenieros, enfrascado en *La evolución de la Sociología*. A su lado, con el desembarazo del breve bagaje de su docena de ensayos, Emilio Becker, sus ojos perdidos en el idéntico azul, sonreía de la suprema vanidad de los autores, recordando con su maestro amado, que el más clásico de los libros, como tela de Penélope se hace y se rehace, a travéz de la visión diferente de cada lector.

... He aquí llegada nuestra pequeña caravana. Salíóle al encuentro el Señor de las letras que preside esta su casa y con la hidalguía de su estirpe castellana, ya veis la generosa solicitud con que le brindara aposento, y compartimos, reconocidos la fiesta con que ha querido presentarla. Queden los embajadores espirituales de la República Argentina, en la eterna encarnación del libro, sirviendo con la lealtad de su nación, a la obra solidaria de la civilización americana, en el hogar de Rocafuerte y García Moreno, de Olmedo y de Montalvo, pares entre pares.

Las vibrantes y originales palabras del culto Representante de la República Argentina, fueron contestadas, en su calidad de Ministro de Relaciones Exteriores, encargado de la Cartera de Instrucción Pública, por el Dr. Homero Viteri Lafronte en una magnífica improvisación en la que recorrió los preclaros nombres de los principales pensadores, literatos, científicos, poetas y educadores de la Nación Argentina, antiguos y modernos, dedicando algunas sentidas frases al maestro Ingenieros, tempranamente arrancado a la vida.

El señor don Cristóbal de Gangotena y Jijón

Director de la Biblioteca Nacional, dijo:

Excelentísimo señor Presidente de la República;

Excelentísimo señor Ministro de la República Argentina;

Señores Ministros;

Señores:

En esta fausta ocasión para la Biblioteca Nacional de Quito, mis sencillas frases no pretenden, en manera alguna, contestar al elocuente discurso del Exmo. Señor Olivera, que acabamos de oír. Mis palabras sólo traen, en este acto, el agradecimiento del Instituto que tengo el honor de dirigir.

* * *

El 26 de Julio de 1822 entraba en el Golfo de Guayaquil la flotilla que conducía al Generalísimo don José de San Martín, el héroe del Sur.

Bolívar, el Genio máximo de nuestra epopeya, le esperaba en la playa, ansioso de estrechar entre sus brazos a quien, como él, habíase consagrado a la santa causa de libertar a los pueblos.

Los dos hombres más grandes de la América hispana fundían sus ideales en un abrazo fraternal, y, en aquel

abrazo de los dos representantes de la gloria de la Raza, presentábase el Continente indo-español en unidad magnífica ante los ojos del Mundo.

Las velas que hasta nuestro puerto condujeron a San Martín nos trajeron también el mensaje de confraternidad del pueblo que tuvo la dicha y la gloria de engendrar tal héroe.

En la histórica conferencia de los dos gloriosos guerreros se fijó la suerte de América, se cimentaron los principios que habían de gobernar el mundo nuevo, y la solidaridad entre los pueblos del Continente quedó definitivamente establecida.

La entrevista de Guayaquil tuvo inmenso alcance en la historia política del hemisferio austral: fue, además, el principio fecundo del mutuo conocimiento de pueblos que, si bien de igual raza y procedencia, se desconocían entre sí, en el aislamiento en que, durante los siglos del coloniaje, se habían mantenido.

Ahora, ya no son las glorias políticas, no es el laurel bélico, ni el hombre inmortalizado y divinizado por los fulgores de su invicta espada quienes vienen a nosotros. Es el genio pacífico, el de las artes de la paz en el enjambre de sus múltiples cultores, quien viene a visitarnos.

Como en las playas de Guayaquil Bolívar recibió, con los brazos abiertos, a San Martín, así han sido recibidos en este templo de la ciencia los representantes del pensamiento argentino, por los manes de nuestros maestros en el saber y en el *gay-decir*. Sarmiento, al penetrar en la Biblioteca Nacional de Quito ha sido fraternalmente recibido por nuestro Cosmopolita. Montalvo, con el publicista argentino, tiene muchos puntos de contacto: ambos combatieron con sus magníficas plumas a la tiranía; engendraron los dos el anhelo de libertad de sus patrias. Si el verbo inflamado de Montalvo echó abajo la tiranía, Sarmiento forjó con sus escritos la conciencia popular de su tierra natal.

Y así como Sarmiento se ha encontrado bajo este techo con nuestro Don Juan, así otros famosos espíritus que aquí palpitan no están solos. Genios hermanos los han recibido también: a poetas como Olegario Andrade los han

recibido los mases de Juan León Mera, de Cordero, de Llona, de Olmedo; Avellaneda, Alvear, Alberdi, Mitre se han abrazado con Rocafuerte; Vicente Quesada, Carette, conversan ahora con Luis Felipe Borja, y los versos armoniosos y magníficos de las Montañas de Oro de Lugones son escuchados con fruición por nuestros poetas.

¡Quién sabe qué fiestas del talento se celebran, entre tantos genios, en el silencio de la noche, en este recinto! Ya dijo Anatole France que no hay lugar más a propósito para la aparición de fantasmas que una Biblioteca. Es en esta torre de marfil en donde subsiste verdaderamente la personalidad de quienes traspasaron el dintel de la vida miserable dejando una estela de luz: el cementerio guarda de ellos sólo el percedero polvo: aquí está el vivo espíritu latente e inmortal en su prístina actividad.

El estudioso siéntese, por tanto, sobrecogido en esta asamblea venerable del talento. Piensa que pudiera acontecerle lo que a Anatole France con el espíritu del antiguo Cadmo, y que tomaron apariencia real tantos espíritus ilustres que le rodean, y pusiéranse a departir sobre las varias disciplinas del humano saber.

Pero de estos hermanos que han venido a traernos el magnífico dón de su saber, de su elocuencia, de su doctrina o de su arte, no esperamos la ironía de que Cadmo dió pruebas cuando conversaba, en el silencio de su gabinete, con el célebre escritor francés. A Cadmo no le interesaban las ideas que France pudiera verter sobre el papel: tenía solamente curiosidad de observar cómo había evolucionado la escritura fenicia inventado por él para sus cuentas de hábil mercader o de incausable navegante. Los escritores que ahora se apiñan en estos anaqueles vienen animados de sentimientos fraternales. Vienen como San Martín vino, a hacer obra de solidaridad americana.

Bien venidos sean estos heraldos de la cultura argentina. En la Biblioteca Nacional de Quito están en su propia casa, y en amable compañía.

Para terminar no me queda sino cumplir con el grato deber de agradecer, como lo hago con toda efusión, a la Comisión Protectora de Bibliotecas Populares, de la República Argentina, y al muy ilustrado Gobierno del Plata,

por el generoso obsequio que se han dignado hacer a esta Biblioteca Nacional. Vos, Eñcemo. Señor Ministro de la Argentina, dignaos, coronando la gentileza de los vuestros-haceros eco del reconocimíento de la Biblioteca Nacional de Quito. Dignaos significar a vuestro Gobierno el agra, decimíento con que ha sido recibido su presente, que me ha sido tanto mas grato recibir, cuanto sois vos, Señor, que tantas simpatías habeis sabido ganaros en este país, quien me ha hecho la entrega formal.

Disertación Filosófica.—En el Colegio de San Gabriel, de Quito, se celebró, el 21 de Junio un brillante acto literario.—El estudiante Jesuita, Sr. Pablo Muñoz sostuvo brillantísimamente muchos puntos filosóficos, haciéndolo con elegancia en la lengua del Lacio.—A los concurrentes e invitados a tal acto se les había dado de antemano, la facultad de argumentar las tésis presentadas por el sustentante del acto.

El Sr. Muñoz que demostró cuan bien dominaba la lengua latina, hizo también, patentes sus vastos conocimientos filosóficos.

Con gusto, y por tratarse de una brillante pieza literaria, la Biblioteca Nacional publica en este su Boletín el discurso que, al iníciar el certamen, pronunció el P. Muñoz.

Es este:

Ine. ac Rme. Duc. (1)

Præstantissimi auditores:

Quamquam persuasum habeo hanc meam orationem ab illo dicendi genere, quo ad Philosophiam amplissimis laudibus cumulandam opus esset, longe exulare; eamque scientiam qua hinc muneri obeundo me præditum esse oporteret, haudquaquam apud vos allaturum esse; tamen ad vos institui referre quocumque juveniles largiantur vires, non tam mea umbraliti institutione in Philosophia quam vestra perillustri benevolentia omnino fretus.

Enimvero, in Philosophicis disciplinis copiosius laudandis non immerabor; video, enim, harum studium diuturnamque exercitacionem iam dudum vestros animos occupasse. Quamobrem, intuen-

(1) Archiepiscopus Quitensis.

tibus nobis hanc vestram Philosophiæ consuetudinem animorumque vestrorum in eam insitum studium, iucundum vobis fore videbatur si præcellentis huius scientiæ iniversum specimen exhiberemus.

Equidem, non vos fugit, præstantissimi auditores, illud exitiale opinamentum quod in foliis periodicis passim pervulgatum invenimus; *Philosophiam*, videlicet, *omnem scientia dumtaxat positiva subrogandam esse*. Abnormem hanc mentis aberrationem omni ratione esse destitutam exploratum habetis: nisi, enim, mentem obrui sensibus, spiritum materia opprimi velimus, Philosophia data opera colenda est, cum potissimum nihil sit Philosophia præclarior, nihil humanæ virtutis dignius, nihil iucundius, ut pernotum fert aristotelicam effatum: "Si oculis videre iucundum, animi luminibus perspicere admirabile est".

Itaque, multa fecisse verba necesse non rebar ut Philosophiæ præstantia agnosceretur: venio nunc ad eas normas vobis declarandas quas programmâ nostrum exaraturi præ oculis versabamur. Catholicæ Philosophiæ cultores, medium in agmen descendentes, oculos conversos habere debent ad eas temporum angustias in quibus veritas omni acie ingenii ab ipsis est propugnanda. Hodiermo tempore compertum est vobis, quanta opera quantaque vi plurimi philosophicæ veritates oppugnent ut generi humano hoc sublime lumen veritatis eripiant, quam vehementi animorum hesitatione nova procedant systemata, quanta industria viam illam quæ a natura adspectabili ad excelsa et divina intuenda ducit, intercludant et intersepian. Hoc nostro tempore subeundus est nobis usus Philosophiæ, periclitandæ sunt vires ut veritas in sua luce preferatur.

In hac tanta opinandi varietate, quid firmitus, quidve altius invenire possumus quam illa Philosophia in qua Stagirita, in qua D. Thomas, in qua Suarezius facile principes emunerunt; quæque ob altissimas tutissimasque suas inquisitiones glorioso nomine *Philosophiæ perennis* merito insignitur? Hæc tum in priseis tum in nostris temporibus maximo splendore decoratur; hæc plurimum dignitatis amplissimis et clarissimis viris contulit; huic proinde nos penitus totosque traddidisse gloriosum erit. Quid nunc dicam de singulari illa ac prope divina ingenii vi qua D. Thomas ornatus fuit? "Inter scholasticos doctores, verba sunt SS. Pontificis Leonis XIII, omnium princeps et magister longe eminent Thomas Aquinas, qui veteres doctores sacros quia summe veneratus est, ideo intellectum omnium quodammodo sortitus est. Illorum doctrinas velut dispersa cuiusdam corporis membra in unum Thomas collegit et coagmentavit, miro ordine digessit et magnis incrementis ita adauxit ut catholicæ doctrinæ singulare presidium et decus iure meritoque habeatur". Has, libentissime fateor, colimus nos Philosophicæ disciplinas; hos præclarissimos habemus duces.

At vero, ut veneranda hæc quæ potioribus ætatibus affloruit scientia cum hac nostra seriori amice cohercat eamque suis luminibus dirigat et tueatur; operæ pretium erat vinculum inquirere quo Philosophia cum empiricis scientiis ætius connecteretur. Physicæ disciplinæ magno nunc sunt in honore atque ingi progressu præclaram eient admirationem sui; harum cultores plerumque Philosophiæ vitio vertunt eam factis scientificè exploratis adversari. Hæc iniusta opinatio penitus est disicienda: non modo nullum esse Philosophia scientiis impedimentum est obvenerunt, verum etiam ab ac scientiarum Regina, eadem empiricæ scientiæ homine liberalitèr educato dignissimæ, plurimum præsidium polliceri ultimunque sui fastigium nancisci debent. Laudata conclusio præiudiciis positivistarum opponitur a Kant statutis et præformatis: hi omnes, ut nostis, omnem veri nominis scientiam ad solam phænomenorum considerationem circumscribunt, omnis scientiæ realis sphæram rerum mundanarum ambitu claudunt, Philosophiam vero ac potissimum Metaphysicam ad formulas cogitandi inanes amandandas esse arbitrantur. Hæc in causa fuerunt cur in singulis nostri programmatis partibus ea quæ Kant eiusque asseclæ blaterant sive de iudiciis syntheticis a priori, sive de typis subiectivis cogitandi, sive de nonnorum obiectiva realitate, sive de imperativo categorico, omnibus numeris oppugnanda susceperemus.

Hiscæ opinionibus reiectis, statuenda nobis erat methodus ea quam omnium optimam esse ducimus ad Philosophiam in omni scientiarum provintia late propagandam. "Physicarum disciplinarum fructuosæ exercitationi et incremento non satis est consideratio factorum contemplatioque naturæ; sed cum facta constiterint, altius assurgendum est et danda solerter opera naturis rerum coporearum agnoscendis, investigandisque legibus quibus parent et principis unde ordo illarum et unitas in varietate et mutua affinitas in diversitate proficiscuntur". Huic magni Leonis XIII normæ, veluti directrici ideæ insistendum esse videbatur. Nova non euidimus; sed ea quæ scientiarum progressui debentur libenter recipimus; scientiæ, equidem, Philosophiæ templi egregia limina inveniantur. Quocirca, æquum vobis videbitur si de atomica structura, de theoria electronica, de massa inertæ, de radioactivitate non nihil delibavimus, si ad Psychologiam empiricam nos contulimus, si physiologicis studiis intentos nos aliquando reperistis. Harum, etenim, rerum notitia necessarium est Philosophiæ fundamentum.

Si hodiernæ culturæ interpretem me sinitis, hæc scientias inter et Philosophiam unionem, neoscholasticorum scopum dicere non verebor. Illa, itaque, doctæ antiquitatis Philosophia, illa, inquam Sti. Thomæ scientia actuali novoque circumdata orna-

tu, novarum scientiarum Regina eminebit, in hac propemodum incredibili systematum varietate sapientium mentes illustrabit.

At vero, ut ad illud revocetur oratio unde tota hæc concertatio proficiscitur, ad finem, videlicet, quem in omni subeundo labore nobis præstituimus; ad Catholicæ Ecclesiæ divinam Philosophiam indefessis laboribus propagandam, si quid virtutis, si quid est ingenii alacriter conferamus. Hæc omnium Mater divinitus accepta, ut florentissima præstet gloria, ut amplissima gaudeat dignitate, ut debita obsecundetur observantia, hæc ut doceat sapientes, hæc ut deterreat impios, hæc ut leniat afflictos, hæc ut excellat, hæc ut floreat, hæc ut imperet! Ea! cernite, ornatissimi auditores, quam sit optima hæc vestra causa! Labores quoque mei magno erunt compensati præmio si huic communi studio meam qualemcumque operam contulisset: quod in votis habui.

* * *

Coronidis instar, oculos referre juvat ad illud præclarum Societatis Jesu sidus, quod pulchra et magnifica pompa undique terrarum colitur hocce anno bis seculare ab eo auspiciatissimo in quo Sanctorum numero adscriptum est, ad Almysium, inquam, Gonzaga gemino nunc splendore scientiæ et virtutis emicantem, geminoque sanctitatis et Philosophiæ lauro donatum, ejus præsidium nobis Ipsum in hac concertatione colentibus cœlitus illustret.

Dixi

Pablo Muñoz, S. J.

II Congreso de Historia y Geografía de América.— Esta asamblea se reunirá el 15 de Agosto próximo en la ciudad de La Asunción, capital de la República del Paraguay, y bajo el patrocinio del Gobierno de esa Nación.

La Biblioteca Nacional de Quito ha sido particularmente invitada, y, no pudiendo asistir con un representante especial, ha debido limitarse a una simple adhesión.

El programa de los trabajos del Congreso es el siguiente:

PROGRAMA

I

1º. Prehistoria americana, Etnografía y etnología. Historia de las razas, aborígenes de América. Las mitologías americanas.

2º. Las civilizaciones del Perú y de México: organización política y social; instituciones; lingüística, artes, literatura, arqueología, religión. Otras civilizaciones precolombinas.

II

1º. Los estudios geográficos sobre América. La geografía física: la geología, la botánica, la zoología. La climatología. La antropología y etnografía americanas. La geografía histórica.

2º. Historia de los descubrimientos geográficos. Los grandes viajes. Misiones científicas: exploraciones. La literatura geográfica. La bibliografía geográfica. Cartografía. La geografía y la sociología.

3º. Estado de los descubrimientos geográficos en el Nuevo Mundo.

III

1º. Cristóbal Colón. Viajes, descubiertos. Revisiones geográficas críticas. Ideas del mundo antiguo referentes a tierras atlánticas.

2º. Conquistadores, gobernantes y colonizadores de los distintos estados americanos. Las corrientes colonizadoras. Fundación de los diversos estados.

3º. La documentación histórica del periodo de la Conquista. Fuentes informativas.

IV

1º. Organización de las colonias americanas. La vida aborigénica. El elemento étnico ibérico. El elemento étnico de otros pueblos europeos. La evolución de los pueblos peninsulares y de otros pueblos europeos, como antecedente para el estudio de la historia americana.

2º. La vida colonial. Régimen político, económico y social. Historia comparada de las diversas colonizaciones. La ciudad colonial.

3º. Historia de la cultura colonial. El arte colonial. La bibliografía histórica, científica, filológica y literaria de la época.

V

1º. Antecedentes históricos que prepararon el movimiento de la emancipación en cada estado americano.

2º. Ideas y acontecimientos, ya americanos, ya europeos, que influyeron en el movimiento emancipador.

3°. Características históricas, filosóficas y sociales de las distintas etapas de la revolución americana. Designios principales de los promotores. Idearium general de la época de la independencia y características en los diversos estados.

4°. Hechos que influyeron sobre el afianzamiento de la independencia en los distintos pueblos americanos.

VI

1°. Los primeros gobiernos independientes en los pueblos americanos. Sus distintas formas.

2°. Historia (biografía, bibliografía y crítica) de los próceres de la emancipación americana.

3°. Las luchas civiles: causas y efectos.

4°. La organización constitucional definitiva de cada estado. Características constitucionales.

5°. La historia contemporánea americana.

VII

1°. Historia del desarrollo social y económico-financiero de las naciones americanas. El comercio, las industrias, la navegación, la vialidad a través de las épocas.

2°. Historia del desarrollo de la población en América. Contingentes aborígenas, Inmigración. Estadísticas.

3°. Historia de las instituciones militares en América.

VIII

1°. Los estudios históricos en América. La enseñanza de la historia en las naciones americanas. Las nuevas ideas sobre la historia de España en sus relaciones con América. Los nuevos conceptos referentes a la historia de la raza iberoamericana.

2°. Historia de la iglesia en América. Las misiones religiosas. Las fundaciones jesuíticas y franciscanas en el Nuevo Mundo. Los jesuítas en el Paraguay. La Reforma en América.

3°. Historia de las ideas filosóficas en América. Historia (biografía, crítica) de los pensadores americanos.

4°. Historia de las lenguas americanas. La bibliografía lingüística americana. Léxicos, gramáticas y vocabularios. Estudios filológicos modernos.

5°. Historia de los idiomas europeos en el Nuevo Mundo. Historia del idioma español en América. La evolución de los estudios gramaticales y de la filosofía. La bibliografía lingüística

panoamericana. Los grandes gramáticos hispanoamericanos en historia del idioma español. Aborigenismos. Americanismos.

6°. Historia del arte, de la literatura y la instrucción pública en los pueblos americanos. Historia de la escuela en América. Historia de la música. La indumentaria americana.

IX

1°. Historia de las ciencias en los pueblos americanos. Los conocimientos científicos en los pueblos aborígenes. La bibliografía científica de la época colonial. Los estudios científicos en América.

X

1°. Historia de la legislación y de las instituciones jurídicas de las naciones americanas.

2°. Historia de la diplomacia, de los congresos, conferencias y tratados americanos.

XI

1°. Los conocimientos históricos. El carácter científico de la historia. Las leyes de la historia. Las finalidades de la investigación histórica.

2°. La historia científica. La historia patriótica. La literatura histórica. La crítica histórica. La filosofía de la historia. La historia y la sociología.

3°. Fuentes y elementos de la historia. El hecho histórico. Las razas humanas. Las indiosinercias nacionales. La tradición. La documentación. La biografía. La bibliografía. La crítica científica.

4°. Las ciencias auxiliares de la historia. La etnología y antropología. La prehistoria; la paleología. La numismática, la iconografía, la paleografía, etc.

5°. Los estudios de historia comparada. Conexiones entre civilizaciones precolombinas y las del mundo antiguo. La etnología; la leyenda, la tradición; el folk-lore.

XII

1°. Historia de los Archivos Americanos. Organización de los Archivos. Paleografía Americana. Códices manuscritos, documentos. Los Archivos Españoles como fuentes de investigación

hispanoamericana. Cartografía americana. Los Archivos como instituciones de primordial importancia para el estudio científico de la historia. Catalogación.

2°. Historia de las Bibliotecas en América. El libro en América. Las Bibliotecas Americanas. Las grandes colecciones particulares en los pueblos de América. Bibliografía y bibliófilos americanos.

3°. Historia de la imprenta en América. La imprenta de las Misiones jesuíticas del Paraguay. Las artes gráficas en los pueblos americanos,

4°. Historia de la bibliografía en los pueblos americanos. Historia de las publicaciones periódicas en América. Especial importancia de la bibliografía periodística en América.

5°. Los estudios bibliográficos americanos. Las colecciones científicas en los diversos pueblos de América. Los museos históricos. Los museos de arte. Estado actual de las Bibliotecas Panamericanas.

Relaciones Ecuatoriano-Argentinas.—El país ha visto con general agrado la designación hecha en la persona del señor Dn. Carlos Manuel Larrea para Ministro Plenipotenciario y Enviado Extraordinario del Ecuador en la República Argentina.

Es el Excmo. señor Larrea una de las personalidades más salientes de la intelectualidad ecuatoriana; su labor en la República del Plata no podrá ser sino todo lo brillante que a su alta inteligencia y a sus dotes de exquisita cultura y de caballeridad innata corresponde.

La Academia Nacional de Historia, de la que es el nuevo Ministro Plenipotenciario miembro distinguidísimo, ha visto con particular complacencia el honor que el Gobierno Nacional, en reconocimiento de los méritos del compañero, ha discernido al Excmo. señor Larrea.

No dudamos que las relaciones literarias y científicas, y de acercamiento intelectual, ya felizmente iniciadas entre la gran República del Sur y la nuestra, tomarán gran incremento, merced a la labor del nuevo diplomático ecuatoriano.

C. de G. y J.



Notas Bibliográficas

Alfredo Flores y Caamaño.—El verdadero Testamento del Gran Mariscal de Ayacucho y una de las últimas cartas que dirigió a su esposa.—I vol, 4^o mayor.—Quito, Imprenta de la Universidad Central.—1926.

La obra con que el señor Flores y Caamaño acaba de enriquecer la bibliografía histórica nacional, merece, en mi concepto, el más sincero aplauso. Este libro es de aquellos que quedan como una verdadera adquisición para la ciencia, y de hoy más, nadie que trate de los tópicos que en él se ventilan, podrá excusarse de tomarlo en cuenta, y en primera línea por su espléndida documentación, y por la clara exposición, hecha en lenguaje irreprochable.

Antes del libro que reseño, no se habían publicado sino algunas de las disposiciones testamentarias del Gran Mariscal de Ayacucho: yo mismo, el año pasado, en la Gaceta Municipal, publiqué tan sólo las que pude conocer, remitidas de Lima por el Sr. Enrique Tovar y R. Confieso que, en ese momento, no conocía sino por referencia las otras publicaciones al respecto que el Sr. Flores y Caamaño cita en la obra que comento.

Muy galante y caballerosamente sale a la palestra el autor en defensa de la memoria de Dña. Mariana Carcelén y Larrea, a esposa de Sucre, a quien escritores poco escrupulosos—entre ellos muy notoriamente D. José M. Samper—han atacado. Con pruebas más allá de convincentes refuta el Sr. Flores los decires—*consejas*, como bien él les llama—que han venido repitiéndose en contra de la Marquesa de Solanda.—La tradición oral, es evidente, tiene menor valor que la historia escrita. Este principio, sentado por el autor, es indiscutible, y todos los documentos que al matrimonio del Mariscal de Ayacucho se refieren, presentan el hogar del guerrero como la sede de inalterable unión y felicidad. Si alguna inquietud tiene el esposo, es nacida de su delicadeza exquisita: su preocupación viene de que su fortuna

personal no es igual a la de su mujer. A Sucre le es doloroso ser, hasta cierto punto, dependiente de su mujer en la parte económica. Por lo demás, todos los documentos le presentan como un esposo feliz en su unión con Da. Mariana.

Y la defensa de la dama quiteña es no sólo caballerosa: es también patriótica. Quito se enorgullecerá siempre de que fueran dos quiteñas quienes, aunque con lazos diferentes, aprisionaran a los dos más gloriosos guerreros de Colombia la Grande: Dña. Manuelita Sáenz al Libertador, y la Marquesa de Solanda al Vencedor de Pichincha.

A la narración histórica y a la argumentación que de ella se desprende en favor de la Marquesa de Solanda, al texto íntegro del testamento del General Sucre, sigue la publicación de interesantísimos documentos, hasta ahora inéditos, tanto sobre los bienes del Mariscal, cuanto sobre sus relaciones con distinguidas personalidades, de la época como el General Juan José Flores.

Una sola cosa habré de lamentar: Editado en 8º hubiera quedado el libro sin defecto. En 4º mayor, es demasiado grande, y su espesor no corresponde a su tamaño.

C. de G. y J.

Nuevos periódicos.— Como quincenal, ha aparecido en Quito la revista «Hélice» órgano de un grupo de artistas de avanzada escuela. El director es el pintor Camilo Egas.

Así mismo inició su publicación el semanario satírico «El Diablo sin cejas», periódico ilustrado con caricaturas. Está redactado por los escritores que lo fueron del diario «El Mundo», que aparecía en Quito.

José D. Monsalve.— Mujeres de la Independencia.— 1 vol. 8º mayor.— Bogotá, 1926.

El Dr. José D. Monsalve, Miembro de Número de la Academia Nacional de Historia, de Colombia, y correspondiente de la nuestra, personaje ya muy conocido entre nosotros por su magnífica biografía del Prócer quiteño Dr. Antonio de Villavicencio y Berastegui, Conde del Real Agrado y Comisario Regio en 1810, protomártir de la Independencia, sacrificado por Sámano, ha publicado en interesantísimo volumen, que es el XXXVIII de Serie de Historia Nacional que edita la Academia Bogotana, historia de las mujeres que, por su amor a la Patria, sufrieron persecuciones, enduraron penas y trabajos en los años heroicos la gesta magna americana.

Las páginas del nuevo libro del Dr. Monsalve no pueden ser recorridas sin emoción por una alma patriota. En ellas se glorifica a la mujer americana, que, por muchos conceptos, puede identificarse con la mujer fuerte del Evangelio — Hijas, esposas y madres de próceres y de héroes dosifican en el libro que reseño con rasgos admirables. En lo que al Ecuador toca, vemos en la obra del doctor Monsalve las amables figuras de Manuelita Sáenz, la “amable loca” del Libertador, de la severa esposa de Sucre, de la paciente y admirable Dña. Rosa Montúfar, hija de nuestro protoprócer y esposa del General Dn. Vicente Aguirre, confidente y amigo íntimo de Sucre, de Dña. Rosa Zárate de Peña, martir, como su marido de la crueldad de la guerra, de Dña. Manuela Cañizares, de Dña. María Larraín, y de otras tantas, de quienes puede enorgullecerse nuestro país.

Es el libro del Dr. Monsalve una galería magnífica, llena de episodios a cual más admirables. y de figuras venerandas. Y, los que tales madres tuvimos, las bendecimos de corazón. Es este el caso de decir con Salustio: Gloria majorum, posterum lumen.

C. de G. y J.

Viajes Misioneros del P. Larrea.—En el semanario «Dios y Patria» de Sevilla, Depto. del Valle, Colombia, ha publicado, supongo que el Pbro. Dn. Alfonso Zawadzky (El artículo no está firmado y el Dr. Zawadzky es director de la publicación) unos apuntes biográficos de Fr. Fernando de Larrea y Dávalos, quiteño, fundador del Convento Franciscano de Cali.

A los datos del Sr. Zawadzky, podemos agregar los siguientes:

Fr. Fernando de Jesús Larrea fué el segundo de los hijos de D. Juan Dionisio Larrea Zurbano y de Da. María Tomasa Dávalos y Larráspuru. De él dice Dn. Francisco Xavier de Larrea Zurbano, en el «Arbol genealógico y relación de los Nobles progenitores del Sr. Licenciado D. Juan Dionisio de Larrea Zurbano etc.» escrito en Quito en 1757, que original conservo en mi biblioteca particular, lo siguiente:

“El M. R. P^o Fr. Fernando de Jesús, y Larrea, hijo segundo: es Religioso de la Seraphica Orden de S^o Francisco, Lector Jubilado, Calificador del S^o Oficio por la Suprema, Visitador que ha sido de su Provincia; Misionero Apostólico, en cuyo Sagrado Ministerio ha empleado muchos años de su vida, con general aprovechamiento, y reforma de costumbres, en todas las partes por donde ha corrido su Apostólico, e incanzable zelo de la salvación de las Almas, así en este Reyno del Perú, como en todo el nuevo Reyno de Granada, siendo el nuevo Apostol de esas gentes, de tan remotas, y Bastas Provincias, que con su predicación, y

el ejemplo de proprio hijo de S^u Francisco, ha sabido conquistar para el Cielo innumerables pecadores con raras, y particulares conversiones, especialmente en apasiguar, en los lugares en que ha Predicado, los odios, y enemistades de sus habitantes, siendo en todas partes recibido, y tenido por Angel de Paz; admirados de su Apostólica pobreza, y desprecio de todo lo terreno, aniciando solo por la salvación de sus próximos; no ha omitido quanto ha imaginado capaz, de sus Apostólicas fatigas, entrando por esos montes, y despoblados, en busca de las almas, a pié, y sin más viático que el de la Divina Providencia: verdadero imitador de los varones más celosos que ha tenido este santo ministerio: como es público y notorio. Hállase al presente Fundando los Colegios de Misiones de las Ciudades de Popayán, y Cali con especiales facultades Pontificias, nombrado por Su Santidad, Prefecto general de los Colegios de Misiones de ambos Reynos". (1)

A esto podemos agregar, además, que fueron hermanos del P. Larrea los siguientes:

1^o—Dn. Francisco Xavier

3^o—D. José

4^o—Don Pedro Ignacio, y

5^o—Dña. María.

El primero fué corregidor de Riobamba, y de Quito. Fué casado dos veces: la 1^a con Dña. Victoria de León y Mendoza y Villavicencio, de cuyo matrimonio tuvo un sólo hijo, muerto mozo, y la 2^a con Dña. Polonia Petronila de Santa Coloma y Gondra, unión de la cual quedó descendencia hasta ahora perpetuada.

El tercero, Dn. José: casado con Dña. Rosa de Villavicencio y Guerrero, fué padre de, varios hijos, entre ellos, de los jesuitas poetas, los Padres Ambrosio y Joaquín Larrea.

El 4^o., Dn. Pedro Ignacio, fué Corregidor de Guayaquil—Casado con Dña. Catalina de Santa Coloma, tuvo larga descendencia.

La quinta última, Dña. María, casó con el General Dn. Fernando Justo Tinajero, Corregidor de Riobamba y Quito.

C. de G. y J.

(1) Op. cit. f.^o 226 y vto. Nrs.

Literatura argentina.—Los gauchescos.—Tomo I.—Ricardo Rojas.—Buenos Aíes, 1924.—Con la inauguración de la sección de libros argentinos en la Biblioteca Nacional de esta ciudad, he podido llegar a esta admirada obra de Ricardo Rojas, laureada en su patria y agotada rápidamente la primera edición. Apenas he leído el primer tomo, pero le he encontrado tan rico

de observación y de tan provechosa enseñanza general, que no he querido dejar para después el entusiasta comentario que me ha sugerido la lectura.

En la Introducción que pone al estudio puede verse la amplitud del plan, que tiende a establecer en todo momento la crítica de las fuentes, sin aceptar las afirmaciones anteriores. De esta manera comienza con recoger la visión de conjunto de la tierra nativa para exponer los fundamentos étnicos que han servido para la formación de la raza nueva, las razones filológicas de la lengua española en su trasplante a América, la tradición de los indios, el folk-lore de los gauchos y la poesía épica, y lírica y dramática en los campos argentinos.

Es este último capítulo sobre todo el que tiene el mayor interés para todas aquellas que se preocupan de literatura americana. La poesía lírica de los campos, como la llama Rojas, que en realidad no es sino la copla popular que canta a diario el trabajador, el enamorado y el parrandista debiera ser una fuente inagotable para el estudio psicológico de estos pueblos en formación. Pero, ¿es en realidad la expresión sincera e ingenua de nuestro pueblo? Si bien se examina, aquello que se ha recopilado con el nombre de cantar o copla no es sino el trasplante o la continuación de lo que cantaron los conquistadores al llegar a estas tierras. Rodríguez Marín transcribía hace poco en un estudio sobre la copla, cantares que son repetidos a diario entre nosotros y que, seguramente, lo son en toda América. En los mismos ejemplos citados por Rojas se encuentran redondillas transcritas por él a la vez en sus tradiciones y cantares que constan en la colección del señor Juan León Mera, nuestro benemérito historiador literario.

Es indudable que no todas las coplas que se cantan por nuestro pueblo serán una supervivencia de las traídas por los españoles; pues que la sentimentalidad ingenua flota espontánea y sin querer, cuando la aflige la pena o cuando le contraría un amor. Pero sería muy difícil hacer la distinción precisa de lo que corresponde a cada pueblo. Por supuesto que hay cantares inconfundibles, como aquellos de interpelaciones de versos quechuas que, por lo menos, pueden atribuírse a los pueblos a los cuales se extendió la influencia de la expresada lengua; y esos otros en los que se hacen referencias a asuntos locales, como nuestro *Mazorra*, el *cachudo* y otros.

Más típico, más nuestro y por lo mismo más asequible a la derivación de conclusiones psicológicas es el estudio referente a la coreografía popular. Este capítulo es rico de observaciones en Rojas y tanto más interesante cuanto que los bailes argentinos, inclusive el tango repudiado por Rojas, van extendiéndose con aires conquistadores por el resto de América. Sobre este asunto nada se ha hecho en el Ecuador. Nunca nuestros literatos ni músicos quisieron averiguar lo que era el fandango que horrorizaba a los viajeros del siglo XVIII, y han dejado morir

sin una obra de recuerdo a el *alza que le han visto*. danza verdaderamente coreográfica y propia del Ecuador. Solamente en estos últimos tiempos el *san juanito* está mereciendo alguna atención.

Me he separado del tema principal de esta nota, pero es porque los libros buenos son sugeridores y ninguno lo es tanto como éste del autor de *Alma Española* y *Cartas de Europa*, quien, después de una juventud batalladora y agresiva, se ha convertido en el investigador paciente, erudito y sabio. Ya tendré ocasión de hablar más largamente de esta obra fundamental sobre literatura argentina, a medida que vaya leyendo los otros tomos.

Isaac J. Barrera